Gobierno del Estado de Chihuahua

Javier Corral Jurado
Gobernador Constitucional

María Concepción Landa García Téllez
Secretaria de Cultura de Chihuahua

Raúl Manríquez Moreno
Director General de Políticas Culturales y Artísticas

Enrique Alberto Servín Herrera
Desarrollo Cultural

Gisela Iliana Franco Deándar
Programa Editorial de Gobierno del Estado

La pelea del gato y otros cuentos

La pelea del gato
y otros cuentos

Hugo Servando Sánchez García

Imagen de portada: *Muchacho con pipa*
Pablo Picasso
Óleo sobre lienzo
1905

Primera edición: 2017
Secretaría de Cultura

Derechos reservados, 1a. edición, 2017
© Hugo Servando Sánchez García
© Secretaría de Cultura de Chihuahua

Chihuahua
GOBIERNO DEL ESTADO
SECRETARÍA
DE CULTURA
Avenida Universidad y División del Norte
Chihuahua, Chih., México. CP 31200.
Teléfonos: (614) 214 48 00 y (614) 4131792

ISBN: 978-607-8321-68-1

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluidos fotocopia, grabación magnética o cualquier sistema de almacenamiento de información o de recuperación sin permiso por escrito del autor y de la editorial, en los términos de la Ley Federal del Derecho de Autor, y en su caso de los tratados internacionales aplicables.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

La pelea del gato y otros cuentos

Hugo Servando Sánchez García

A la señora Socorro García Loya

Agradecimientos

Al maestro Roberto L. Ransom Carty,
por la claridad de sus consejos y su paciencia.

A la maestra Alma Montemayor, Q.E.P.D.
Al maestro Enrique Servín Herrera.

A mis amigos escritores: Mary Chávez,
René Cisneros Peña y Nelson Solorio Talavera,
por brindar su tiempo a estos cuentos.

Presentación

Celebro la publicación de *La pelea del gato y otros cuentos* por su propio valor y belleza, así como por ser el primer libro publicado del Taller de Narrativa que coordiné, de febrero del 2009 a mayo del 2013. Éramos un número fluctuante de 7 a 21, por hablar de números y de la tabla del 7, pero yo contaba con la presencia casi segura de Alma Montemayor, Claudia Royval, Noel René Cisneros, Nelson Solorio, Marisol Chávez, Urbano Fuentes, Elí Balcázar, Liliana Pedroza un tiempo, así como Wendy Domínguez, y Hugo Sánchez, autor de este texto que es un libro de cuentos escritos, leídos y vueltos a escribir en el taller, en esa búsqueda siempre sesgada de una voz y mundo ficticio propios.

Nuestro recinto, nuestro espacio propio, era la Sala de Estudios Superiores del Ichicult, nombre demasiado altisonante y descripción poco fiel de lo que ahí se realizaba –escritores y lectores pero no secta gnóstica o esotérica– todos los miércoles de seis de la tarde a nueve de la noche. En ese espacio se fraguaron textos y autores, voces y plumas, y yo como el afortunado incitador y testigo de este proceso, o de un tramo de él, ya que nunca termina.

Algunas personas llegaron con camino ya andado pero pudieron concretar ahí proyectos nuevos o pendientes; y para otros, fue ahí donde comenzaron a leer en serio, así como a escribir. No sé si sea vocación única –ese es tema de debate desde Platón y Aristóteles– pero sí celosa. También fue ese un

sitio y tiempo de gran amistad, menos de rivalidad mimética que de resonancia creativa.

Han pasado años y la indicación más dolorosa de ello es el fallecimiento de Alma y Claudia, pero su presencia nos acompaña en el recuerdo y en sus escritos. Le deseo buena fortuna a esta nueva colección editorial que da sitio a lo más valioso de los talleres del Ichicult.

Roberto Ransom Carty

Bicicletas

Andábamos de una esquina a otra de la cuadra, los expertos rayaban llanta en el límite de la banqueta y algún otro desobedecía la regla de no bajar a la calle con tal de mostrar poder. En ese tiempo descubrí que Yoli se besaba con Andrés en la obra negra de una casa vecina. La bicicleta no era mía, alguien pidió espacio para guardarla unos días en la casa; a cambio, yo podía usarla. El mundo en aquel tiempo se dividía en dos grupos: los que tenían bicicleta y los que no. Yo cabía en ambos.

Mi frenesí comenzó la tarde en que mis dos mejores amigos se disponían a entrenarme. "Es de lo más fácil", decía Yoli, quien entonces tenía trece años y era experta en cualquier arte de equilibrio como los patines o el juego del liguero. Su cara era la de un gato que promete convertirse en una mujer hermosa de cuerpecillo menudo y elástico, aunque en esa época y a mis escasos once años, no atinaba a percibir los cambios que la iban moldeando. Desde tiempo atrás me había enamorado de sus ojos de grandes pestañas, las cuales al molestarse ella, hacían su parpadeo más lento y definitivo.

Andrés, quien era apenas un año mayor que yo, llevaba todas las ventajas de un crecimiento precoz; en el lapso de un año me había superado en estatura y cuando llevaba pantalones debajo de la cadera, se sacaba unos cuantos vellos púbicos para presumir su virilidad, ello acompañado de una serie de bromas soeces, parte de ese rito iniciático en el que los niños

se convierten en hombres-rana, hombres-máquina, hombres-perro. Andrés, de ojos grandes como los de Yoli, pero de nariz aguileña, tampoco tenía bicicleta aunque sabía usarla gracias al mismo instinto por el cual los pájaros saben volar.

Yo, en cambio, al mirarme al espejo durante el tiempo suficiente para que mis ojos perdieran foco y las sombras de mi rostro se iluminaran con una extraña fosforescencia, me descubría rata o, en el mejor de los casos, el perchero de piso donde colgaban los paraguas y las chaquetas en la casa de mi abuela. Mi pequeñez y mi fealdad comparadas con Andrés eran una cuestión objetiva y cierta.

Andar en bicicleta es algo serio y más difícil de lo que se piensa; uno tiene que hacer girar dos ruedas a un mismo tiempo, unidas por un tubo y una cadena; la rueda de enfrente es el mundo real y la rueda de atrás es el mundo imaginario, pero hay ocasiones en que alguna va demasiado rápido o más lento con respecto a la otra. En cualquier caso la cadena puede botar de los engranajes o nos entra miedo de que eso pase, aun cuando las ruedas obedezcan de forma precisa nuestra voluntad. Entonces, corremos el riesgo de caer.

Andrés me empujaba poniendo sus manos sobre mi espalda mientras Yoli sostenía el asiento; el aire me daba en la cara una sensación de libertad, dejando atrás la risa cómplice de mis amigos. En los primeros intentos ellos no lograban mantenerme en equilibrio por mucho tiempo, de manera que recorrían junto a mí casi toda la cuadra. Al tercer día me soltaron sin decirme nada pero luego lanzaban gritos triunfales indicándome que avanzaba solo; yo entraba en pánico y terminaba en el suelo, nunca de mejor manera. Después de un rato Andrés tomaba su turno para dar un par de vueltas a la manzana seguido por Yoli.

Sentía una gran envidia de que fuera él, en mi propia bicicleta, quien la acompañara. Pero el deseo de igualarme a Andrés me permitía soportar los golpes contra el cemento, ignorando que no importaba cuánto me esforzara, nunca seríamos iguales.

Al término de la semana había practicado poco debido a que alguna obligación escolar o una salida en familia me impidieron encontrarme con Andrés y Yoli. Ese domingo aproveché para practicar en soledad. Me aventuré una y otra vez; a menudo terminaba con una rodilla en el suelo y la otra sobre la bicicleta, lo cual era ya un avance. Yoli apareció primero montada en su armatoste brillante en colores rosados, con la postura erguida en completo dominio de sí misma. Hablamos un rato o mejor dicho ella me platicó acerca de los problemas con sus padres. Llegué a pensar que este papel de amigo íntimo o confidente me daba ventajas sobre la pericia atlética de Andrés, sin darme cuenta que, a lo mucho, competía por el título de mejor amiga.

Al poco rato empezó a nublarse. Una extraña euforia se apoderó de nosotros, incluido Andrés, quien se nos había unido finalmente. Era el aroma de la lluvia próxima. Por primera vez pude llegar hasta la esquina sin caerme; una fuerza y una capacidad psicomotora me acompañaban como nunca antes. Festejamos entre gritos mientras unas pequeñas y esporádicas gotas de agua fría en vez de apaciguarnos, eran acicate de ese fuego interior que nos dominaba. De pronto Andrés tomó la bicicleta sin avisarme. Me quedé con Yoli en la efervescencia de una plática sin sentido hasta que Andrés volvió para retarla a una carrera alrededor de la manzana. No pasó un minuto antes de que se soltara un aguacero relampagueante que me obligó a refugiarme bajo el quicio de una puerta. Supuse que ellos también se habrían detenido en algún punto, pero yo no

podía volver a la casa sin la bicicleta que ni siquiera era mía. Pasó mucho rato antes de que me decidiera a ir a buscarlos; caminé bajo la lluvia con esa resignación que usan los hombres frente a los designios de la naturaleza: yo, hombre-rata.

No tardé en encontrar las bicicletas, una encima de la otra, recargadas en el cerro de arena de una casa en obra negra. Entré con la idea de no hacer ruido y asustarlos. Pensé en el semblante de Yoli que diría aliviada: "¿Eras tú? ¡Tramposo!". Andrés me abrazaría intentando tirarme entre risas y puñetazos. Mis ojos tardaron en acostumbrarse a la oscuridad; llegué al último cuarto pero no estaban. Descubrí una pequeña escalera que daba al piso de arriba y subí. El olor a tierra húmeda era intenso; en la primera habitación el hueco de la ventana dejaba entrar un chorro de luz interrumpido por las vigas que sostenían el techo. Ahí encontré a mis amigos recostados sobre papel periódico, el uno sobre el otro como las bicicletas, con la ropa colgando de las vigas. Yoli parecía más grande arqueada sobre él con un lunar oscuro en la espalda; él trataba de besarla pero traviesa, movía la cabeza de un lado a otro dejando que el agua que escurría de su cabello lo cegara. Mi amigo parecía agonizar; sus movimientos eran torpes y desesperados, como los que hacen los pájaros cuando sus alas quedan bajo las patas de los gatos. Me quedé ahí sin hacer nada, entre el deseo sexual de mi participación voyerista y la sensación de haber sido traicionado. Bajé a la calle y cogí mi bicicleta; mi excitación se apagó con la primera caída sobre el agua. Volví a intentar una y otra vez hasta llegar a mi destino hecho una rata mojada.

Después de muchos años me sigo encontrando casualmente con Yoli, es obesa y se ha divorciado por segunda vez; apenas y nos saludamos discretamente, como si la niñez fuera más un

grupo pernicioso al que alguna vez pertenecimos y del que secretamente sentimos añoranza. Lo último que supe de Andrés es que terminó la carrera de Ingeniería y se fue a vivir al extranjero.

Hay noches en que recorro el barrio y me quedo mirando por alguna ventana en busca de aquella escena irrepetible. Ahora ya no es importante saber andar en bicicleta, aunque algunos presumen de ello como un conocimiento que, una vez aprendido, jamás se olvida.

Videojuegos

Ahora ni modo, mañana hay entierro y ya sé lo que es, porque el año pasado se murió mi abuelo Rodrigo. Primero es el velorio, que es como una fiesta para grandes. Los amigos de mi abuelo se sentaron alrededor de una mesa tomando café y contando charras de cuando estaba vivo. Eso se llama cafetear al muerto. Los chiquillos tienen que estarse callados porque si hacen mucho ruido les cae un zape, un "estatequieto". "¿Qué no ves a tu tía cómo está llorando?". Mi mamá también pegaba de alaridos y de repente las señoras, todas vestidas de negro, la rodearon como cuando las moscas se avorazan por un pedacito de sandía.

Mi primo Rodrigo y yo espiábamos junto a la capilla sin atrevernos a acercarnos a la caja donde decían que estaba mi abuelo; era un baúl enorme con la tapa alzada para que la gente fuera a despedirse. Rodrigo estaba muy asustado porque había visto a mi abuelo dos días antes y le había contado una historia de miedo. Ahora nos preguntábamos dónde estaba el fantasma de mi abuelo. Yo le dije que eso no existe, que mi mamá decía que las almas de las personas se van al cielo; sobre todo las personas que habían sido buenas como mi abuelo y que en el cielo Dios les daba algo así como un cuarto de hotel donde podían ver televisión todo el día y comer lo que quisieran; luego abrían una puerta y salían a la playa, o abrían otra y salían al campo a pescar en un lago enorme. Bueno, eso último era lo que yo pensaba. Y Rodrigo, dos años menor que yo, se

quedó conforme y creo que hasta se alegró un poco de que mi abuelo se hubiera muerto porque a últimas fechas se la pasaba quejándose de dolores en todo el cuerpo.

Al rato ya estábamos platicando sobre los videojuegos en voz muy baja para que nadie nos escuchara porque se suponía que debíamos estar rezando por el alma de mi abuelo para que pudiera subir al cielo sin problemas. Entonces a mí se me ocurrió que era como un videojuego donde tenías que juntar oraciones para levantar la caja donde estaba el muerto hasta que llegara a lo más alto. Rodrigo dijo que como en otros videojuegos, el abuelo podría morir y despertar una y otra vez con solo apretar un botón.

Cuando más emocionados estábamos, mi abuela se acercó y nos dio un zape en la cabeza, y nos dijo que teníamos que ir a despedirnos del abuelo. Yo tomé valor por ser el más grande y empujé a Rodrigo hasta la orilla del banco; nos fuimos despacito hasta los escalones, agarré aire y lo sostuve en los pulmones para no oler a mi abuelo porque dicen que el cuerpo se pudre y eso me daba mucho asco. Subí el primer escalón cuando me di cuenta que Rodrigo se había quedado atrás y volví por él. La caja tenía una tapa de vidrio; me sentí aliviado, solté el aire y agarré a Rodrigo en brazos para que alcanzara hasta la tapa. Había escuchado que la cara de mi abuelo fue maquillada para que no se notaran los moretones y las cortadas, pues murió de una caída en el baño. Al verlo pude comprobar que estaba más pálido de lo normal con dos chapetas y la boca muy roja; parecía un muñeco de cera y me costó reconocer su cara. Cuando volteé a ver a Rodrigo este ya tenía dos lagrimones en los ojos a punto de caer. No sé por qué pero empezó a darme mucha risa y cuando menos pensé, Rodrigo se me resbaló hasta el piso. Su

cara se puso muy roja y se arrugó, al tiempo que un pequeño alarido se confundió con mis carcajadas que yo traté de controlar sin lograrlo. Cuando Rodrigo me vio también empezó a reír; lloraba y se reía al mismo tiempo como si estuviera loco. Así estuvimos mucho rato tratando de ponernos serios para no faltarle al respeto a mi abuelo, pero cuando lográbamos callarnos, nomás de vernos nos volvíamos a retorcer de la risa hasta que mi mamá llegó a zarandearnos de las orejas y nos sacó de la capilla.

Ahora es diferente, la caja es blanca y más chiquita, del tamaño de Rodrigo. Un camión lo atropelló mientras estaba jugando en la calle.

Todos hemos llorado más que cuando se murió mi abuelo, pero dice mi mamá que ahora no hace falta rezar para que Rodrigo se vaya derechito al cielo porque era un niño muy bueno.

Yo me llamo Carlos pero también me llamo Rodrigo; a mí no me gusta y prefiero que me digan por mi primer nombre. Los grandes están muy tristes, así que no creo que se den cuenta que me estoy tomando una taza de café que, aunque le puse mucha azúcar, todavía tiene un sabor amargo.

Buenas tardes

Esa señora es de las que nunca saludan. A veces me la topo en la carnicería y por puras ganas le digo: "Buenas tardes Conchita". Y ella me contesta como si no supiera yo que no le gusta que le digan Conchita: "Buenas tardes doña Eva". Como si no supiera ella que no me gusta que me digan "doña".

Pero en las tardes, cuando salimos a tomar el fresco, ella pasa a esperar a su hijo a la parada del camión, ya oscuro, ya muy sin nada de luz. Entonces hace como que no nos ve y se pasa de largo con la vista de frente. Pero sabe que estamos ahí. Luego vuelve a pasar con su hijo Manuelito cuando sale de la secundaria: un muchacho de ojos grandotes.

Yo digo que es importante saludar, aunque ya no sea lo mismo que antes cuando llegamos a la colonia. Aunque a nadie le importe que yo viva en el 203 y sea nadie y nadie me conozca, saludar es de buena educación.

Todas trabajábamos en la maquiladora y veníamos de colonias que se inundan siempre. Nos reíamos cantidad de cualquier tontería, las casas eran muy chicas pero eran nuestras casas y no se parecían nada a los chiqueros donde vivíamos antes. Conchita, en cambio, venía de la sierra, tenía la cara limpiecita como recién lavada. Hablaba como pisándose la lengua y se reía de puras simpladas o cuando todas hablábamos en serio, pero le teníamos buena voluntad. A la salida del turno nos juntábamos en la tienda El Arroyito; nos volteábamos a ver cuando Conchita

decía algo porque siempre era alguna bobada o una historia rara sobre su pueblo.

El Rodri, su esposo, era muy amable. Se querían mucho y eran igual de simples los dos. A veces nos juntábamos en alguna casa a tomar cerveza; poníamos la música fuerte porque éramos todavía muy jóvenes. Festejábamos los cumpleaños de los niños. Alguna se aventaba el menudo para amanecer. No faltaban las pasadas de lanza en que casi nos tranqueábamos, pero nada que no se arreglara en la siguiente fiesta.

Cada una tenía su hombre, pero llegó el primer recorte de personal en la maquiladora y uno por uno se nos fueron yendo; el de Julia fue el que alborotó a Ramiro, mi esposo, para conseguir trabajo en Utah. Después se fueron yendo todos y de conocidos nomás quedó *el Rodri*, que no quería saber nada de los gringos y se conformaba bien con el trabajo de la obra.

Muchas tuvieron suerte y en los primeros años siguieron a sus esposos. Muy pocas fueron las que podían darse el lujo de ir y volver o ya no digamos de arreglar papeles. Pero las que nos quedamos nos conocíamos y así como una viuda sabe de otra, así nos veíamos y nos saludábamos. Fue por entonces que Conchita se nos hizo más simple, más tonta. Su alegría se volvió el campanario de nuestra mala suerte. Nos llegaba dinero para no pasar apuros pero Conchita se iba a dormir con su hombre todas las noches y la soledad siempre pesa más cuando uno ve que los otros no la sufren.

Esa primavera muchas comenzaron a solicitar los servicios de *el Rodri*; alguna cosa pequeña como levantar un escaño al pie de una puerta, tapiar una entrada o ampliar el baño. Las que más dólares recibían le pedían ampliaciones más grandes. Imposible que todas quisieran con él, pero cómo saber cuál sí y

cuál no. Ahí empezó la tortura para Conchita quien entraba a todas las casas donde estaba su marido con cualquier pretexto: llevarle más *lonche* o alguna herramienta que podía habérsele olvidado, pero todas nos dábamos cuenta que cuidaba a su hombre porque a ninguna se le iba a hacer fácil entrometerse habiéndola visto rondar por ahí como una amenaza. Al menos ninguna que tuviera vergüenza.

Mucho rato nadie pensó que fueran ciertas las habladurías sobre Rosita, sobre todo porque era una mujer más grande. Pero luego decían que antes de trabajar en la maquila, Rosita había sido de todo. A mí no me consta nada y palabra que yo saludaba a Rosita con mucho respeto y me cuidaba de no caer en su lengua, porque la tenía filosa como aspas de licuadora y hasta a mí me llegó a meter en chismes; pero a veces, como decía mi madre, es mejor quedarse callada.

El Rodri empezó a ir a la casa de Rosita a deshoras, a lo mejor pensaron que por ser la casa más retirada nadie se iba a dar cuenta, pero quedaba justito atrás de la mía. Quién sabe qué cuento le diría a Conchita, pero de construcción no había nada y aunque Rosita cerraba muy bien las ventanas y nadie se atrevía a decir esta boca es mía, a los pocos meses se le empezó a notar el embarazo, faltando todavía mucho para que su marido volviera.

Rubén, el esposo de Rosita, trabajaba junto con el mío en Utah; yo siempre lo saludaba muy bien porque era un hombre que nada más vivía para Rosita y cuando me preguntó mi esposo por alguna novedad, pues la de Rosita era la única. A Conchita no hizo falta decirle nada, las risas y los murmullos le abrieron muy bien los ojos. Pero de eso ya han pasado más de quince años, la maquiladora quebró después de muchos recortes de

personal y entonces cada una tuvo que vérselas por su cuenta. Mi esposo se consiguió mujer en el otro lado y yo no quise hacerme de la vista gorda, así que me quedé sola y sin dinero con mi hijo el mayor. La vida se me hizo pesada de cargar y más lenta, como si llevara una concha a todas partes y de un lado a otro sin encontrar trabajo.

Una de esas tardes en las que volvía de casa de mi mamá me agarró el aguacero bien fuerte pero no quise correr, no tenía ganas de correr. Bajé al niño de los brazos y lo dejé que caminara solo. Entonces pasó por ahí *el Rodri*, lo saludé como si estuviera muy lejos, muy apenas porque yo estaba como ida. Agarró al niño en brazos y me tomó de la mano y me llevó a la casa casi a rastras. Cómo se agradece eso.

Al año abrí un abarrote para hacerle competencia a El Arroyito y poder mantener a mi hijo y a Cristina, que es igualita a *el Rodri*. No me inventé nada, derechito dejé que pensaran lo que les viniera a cuento y a poquito estuve de que no supieran, pero los ojos de la niña nos traicionaron.

Para qué nos hacemos tontas, digo yo, si en esta calle por lo menos cinco criaturas tienen los ojos igualitos: grandotes como si quisieran verlo todo. Cristina ya no cabe en el uniforme de la primaria, ya es una muchacha y Conchita debería entender que yo quiero que se conozcan, que sepan que son hermanos para que luego, con el tiempo, no vaya a pasar una desgracia.

Terreno baldío

Los terrenos baldíos afean cualquier ciudad y el que estaba frente a nuestras casas no era la excepción. Aunque a veces el sol de invierno hacía brillar las bolsas de basura, el pasto seco y los gatuños casi dolorosamente, otorgándole cierta belleza. Ahora que lo pienso, ese terreno baldío era como un jardín poco generoso o incapacitado para ofrecernos más. Por qué no habríamos de conformarnos con un terreno baldío, lleno de escombros, de troncos mutilados, de basura plástica, del excremento de los perros, al igual que aceptamos las carencias de las personas. Demasiado tarde para esas consideraciones, el terreno baldío desapareció y también los atardeceres que ahora recuerdo como un antiguo lujo. En su lugar, un importante empresario abrió la sucursal de un próspero negocio.

Al primer año de haber ocupado la casa, el terreno estaba más limpio, era como un pedazo de campo atrapado por el tráfico de las avenidas. En tiempo de lluvias soltaba un aroma a tierra mojada y a zacate. Tenía la idea de que por sí solo se iría convirtiendo en un pequeño parque a dónde llevar a los niños. Pero los dueños comenzaron a utilizarlo como tiradero de escombro y se fue llenando de basura poco a poco de manera constante, aún con los intentos de algunos vecinos por evitarlo. Con una cerca de alambre lograron que se siguiera contaminando pero sin limpiarlo previamente, de modo que se convirtió en un mundo solitario e inmóvil por donde dejaron de pasar las vecinas rumbo a la tortillería o los niños de camino a la escuela.

Después de las lluvias se despertaba un olor empantanado o como de animal muerto. Era deprimente verlo durante el día y por las noches la colonia lucía más peligrosa. Pero luego, casi sin darnos cuenta, el sol parecía curarlo. Cualquier mañana nos encontrábamos con un trozo de selva lleno de insectos, lleno de vida.

Los trabajadores llegaron unos meses más tarde pero dijeron que no sabían nada, que a ellos solo los habían contratado para limpiar el terreno y meter la aplanadora. Así pasaron dos meses de la limpieza a la edificación de los cimientos. Uno de los vecinos dijo que construirían un Burger King, esa información pasó de boca en boca como una verdad absoluta acompañada de papas fritas y refresco. Me dio entre hambre y asco al imaginarme comiendo hamburguesas casi todos los días, así que cuando dijeron que no se trataba de un restaurante de comida rápida, me sentí aliviada.

Trabajaba en un salón de belleza aplicando tintes, esa es mi especialidad pero también sé cortar el cabello. Conocía a casi todas las chicas, a las más viejas en el oficio y a las que recién llegaban pensando que esto era fácil. En el piso de arriba se impartían varios cursos, entre ellos el de maquillaje. Ahí conocí a Mario, un hombre de unos cincuenta años, alto y robusto con la piel de un moreno fuerte, casi como un negro. Nadie se explicaba qué hacía un hombre como Mario tomando un curso avanzado de maquillaje, lo cierto es que de inmediato destacó entre las alumnas por sus conocimientos y su habilidad para darle vida a un rostro demasiado inexpresivo o bien, para suavizar el tamaño de narices complicadas, agrandar los ojos o convertir los gestos melancólicos en miradas interesantes. A tal grado llegaba su talento que la maestra tenía mucho que aprenderle y poco que

enseñarle además de los nuevos maquillajes y tendencias. Era un hombre platicador y alegre; siempre se quedaba unos minutos con las empleadas en el primer piso antes de ir a la clase. A veces sentía que yo le gustaba porque lo descubrí varias veces observándome, pero luego me di cuenta que su mirada estaba vacía de intención, como si rápidamente me evaluara y después volviera a mirarme para confirmar algún detalle con exactitud. Un día encontré a Mario cerca del nuevo edificio, no era una persona que me interesara para tener una relación fuera del trabajo, así que solo lo saludé de lejos y me retiré.

La construcción de algunos locales independientes y unos hermosos arcos sobre pilares clásicos nos dieron la idea de una pequeña plaza comercial. Todo lo que necesitábamos estaría ahí: un banco, un gimnasio bien equipado, alguna tienda de ropa… Podríamos dejar el carro en la casa y caminar al otro lado de la calle para encontrar todo. Alguien dijo que esto le daría mayor valor a las casas en caso de que quisiéramos vender, pero yo pensaba en los años que me había costado tener derecho al crédito; ya no digamos todo el tiempo ahorrando para mantener los intereses a raya con dos niños qué mantener. Con el olor del tinte pegado a la nariz día y noche, y para colmo la venta de ropa por catálogo, persiguiendo aquí y allá los abonos cada quincena, mi vida comenzó en esa casa con el nacimiento de mi primer niño y ahí quería que continuara.

Como cada año, se convocó a un desfile de peinados de fantasía y maquillaje; todas debíamos colaborar con las alumnas para organizarlo; se necesitaban modelos y yo era de las favoritas cada año. Se realizó un sorteo de las pocas candidatas, las demás alumnas tendrían que buscar entre parientes o amigos ya que ese desfile sería el examen final del curso. Le toqué en

suerte a la hija de la dueña, para el peinado, y a Mario para el maquillaje. Los dos me observaban como si fuera un muñeco. Mario me hizo mediciones de la cara que apuntaba luego en un cuaderno.

Losas de mármol, maderas oscuras, jardineras con plantas artificiales y un exceso de color beige iban llenando los espacios del supuesto complejo de locales comerciales que conformarían la pequeña plaza. Con decepción me di cuenta que el edificio estaría dándole la espalda a toda la cuadra, de modo que una puerta metálica que parecía una cochera había quedado justo frente a mi casa y ya podía escuchar el ruidoso abrir y cerrar cada mañana lastimándome los oídos.

Empecé a extrañar el lote baldío. Los fines de semana en que me quedaba casi todo el día en la casa noté que una oscuridad nueva se adentraba más aprisa en la sala y en el patio delantero: era la sombra del edificio.

El día del desfile nos citamos con dos horas de anticipación. Me puse el vestido blanco hueso que días antes me habían dado porque era el único de mi talla, aunque no el más bonito. La hija de la dueña y Mario estuvieron de acuerdo en arreglarme de novia, así que todo iba a ser más tardado. Yo estaba muy emocionada porque nunca me casé; tuve a mis hijos antes de tener novio y apenas viví en pareja el tiempo que hay entre una primavera y un invierno.

—Usted tiene una cara muy bonita, Cecilia –me dijo Mario mientras me maquillaba.

—Y de qué me sirvió la cara si lo único que quieren los hombres es el cuerpo –le contesté riéndome.

—No todos Cecilia, algunos queremos algo más en serio y para siempre.

Terminó de maquillarme y me puso un ramo de flores entre las manos para que lo usara en la pasarela. El desfile duró solo unos minutos pero la fiesta se prolongó hasta las tres de la mañana. Los intentos de Mario por agradarme hacían un efecto contrario en mí, de manera que toda la noche estuve tratando de evadir sus manos grandes, y su sentido del humor grosero y machista.

De regreso a casa me detuve frente a un letrero enorme que habían puesto en el estacionamiento del nuevo edificio: Próxima inauguración, funeraria El Atardecer. Las bebidas de la fiesta hicieron su efecto, al punto que casi me dio risa. En la casa, frente al espejo, observé el maquillaje que había usado Mario; las delicadas mejillas me hacían ver como una hermosa novia. Fue inútil cualquier tipo de protesta del grupo de vecinos en la Presidencia Municipal, porque todos los permisos estaban en regla.

Los niños hacen preguntas sobre lo que sucede todos los días detrás de aquella galería de arcos, en la que personas vestidas de negro llevan siempre flores entre las manos. Invento algunas cosas, en lo que crecen. Me gusta hablarles del terreno baldío; es algo en lo que pienso a menudo, tal vez porque un terreno baldío puede convertirse en casi cualquier cosa: un restaurante de hamburguesas, una plaza comercial… Yo se los dije a todos: primero muerta que irme de aquí. Seguido me topo con Mario, me ve y me sonríe desde el edificio donde trabaja, al otro lado de la calle.

Enter

La primera computadora que utilicé era un armatoste que aún debe estar en las bodegas de alguna institución educativa. Nos llevaron, a los tres grupos de primer año de la secundaria, a un salón grande. El Director, el Maestro de Dibujo Técnico y la Maestra de Inglés se miraban con seriedad, mientras los alumnos terminábamos de acomodarnos en el tiradero de butacas viejas y repintadas del color institucional. El Director asintió con la cabeza para indicar al Maestro de Dibujo Técnico que podía empezar la exposición.

—Muchachos, este aparato que ven aquí es una computadora personal y, en algunos años más, va a haber una de estas en todas partes.

El discurso sobre las nuevas tecnologías que cambiarían al mundo fue breve pero contundente. Se nos responsabilizaba como a soldados del futuro por el buen uso de la novedosa artillería que nos habían llevado, no para que empezáramos a usarla sino solamente para que nos fuéramos familiarizando con su presencia, ya que nuestra secundaria, pública y federal, no tenía los recursos para abrir un Taller de Computación. Por otra parte, la máquina era anticipadamente obsoleta, tenía ya ese color amarillento de los armazones plásticos y no dejaba de parecernos una televisión deficiente.

Pidieron un voluntario para pasar al frente. Me senté como si fuera un profesor frente a su escritorio mientras las bromas de

mis compañeros no se hacían esperar. Aproveché para mirar de frente a Norma, la muchacha que me gustaba. Ella me sonrió con frialdad pero me sonrió. Luego le dirigí una mirada de superioridad a mi rival en amores: mi mejor amigo, Gilberto.

El maestro me pidió que escribiera algún comando, luego indicó con autoridad:

—Presione la tecla Enter.

Algo apareció en la pantalla, algún directorio, alguna palabra o frase; el maestro cambió la orden con un nuevo comando para volver a indicarme:

—Otra vez presione la tecla Enter.

Ya no recuerdo, salvo la mirada expectante de los compañeros y la última indicación:

—Presione ahora la tecla Enter.

Luego volvimos a la realidad. Con insatisfacción bajé el peldaño de mi breve estancia entre los hombres destacados del primer grado de la Secundaria Pública Federal número Cinco. Algún envidioso me dio un bachón en la cabeza para recordarme el lugar al que pertenecía; que cualquier espejismo de logro, que cualquier atisbo de futuro, eran solo una invención de mi ñoñez. Volteé envalentonado a buscar al responsable, pero todos parecían culpables, así que me conformé con lanzar una mirada despótica antes de abandonar el salón junto con todos.

La secundaria era así, seguramente lo sigue siendo para otros. Uno siente que ya no cabe en los pantalones porque son demasiado cortos o demasiado largos, como si estuviera uno hecho de piezas intercambiables y cada día tuviera que reacomodarlas en su sitio como algo ajeno a lo que habrá que acostumbrarse.

La última clase de ese día fue la de Educación Física. Gilberto y yo nos escondimos a espaldas del enorme gimnasio; un

espacio de jardín al que nadie llegaba entre la parte inferior de las graderías y el muro que separaba la escuela de la avenida. Estábamos en invierno pero el ejercicio no era una opción para mantenernos calientes; en cambio, preferíamos tomar el sol con las manos en las bolsas de las chamarras y sentados en alguna piedra junto al pasto como dos pinacates.

Hablábamos de caricaturas y de videojuegos, de carros y de fantasmas, de revistas pornográficas clandestinas, del mito sobre maestras que tenían sexo con estudiantes, de perros atropellados y de gente vieja que moría: un tío, una abuela. Hablábamos del futuro, cada uno planteaba futuros imaginarios como una alternativa a la realidad insípida de un mundo aún no computarizado y claro está, hablábamos de Norma.

Nunca habíamos cruzado una palabra con ella, nunca nos habíamos atrevido sino a verla con admiración. Estaba en el otro grupo de primero, al otro lado de la explanada principal. Sobra decir que era bella y describir su tipo sería inútil pues la idea de belleza es diferente para todos. Resaltaba su seriedad, era el tipo de muchacha callada que siempre tiene un rizo de cabello en la frente, nada más.

En los recesos nos dedicábamos a vigilar sus pasos, sus escasas amistades que la rodeaban, que la acompañaban a todas partes como si trataran de protegerla. Recolectábamos algún dato aquí y otro allá acerca de la primaria de la que venía; quién llegaba por ella a la escuela, su número de matrícula, todo eso alimentaba nuestro deseo.

No se trataba de fantasías sexuales. Aun cuando nos cercaban los pensamientos obscenos, ella pertenecía a ese mundo espiritual del primer enamoramiento. Pero ni siquiera el espíritu se alimenta con tan poco y al darnos cuenta de nuestra cobardía,

preferimos optar por mentirnos entre nosotros. Al día siguiente de haber yo faltado a la escuela por enfermedad, Gilberto me decía que se había encontrado con ella, que habían conversado durante horas. Luego yo le pagaba con la misma moneda, procurando aderezar la noticia con la descripción de besos robados o tocamientos. Pero ninguno de los dos podía comprobar nada y a la petición del otro de saludar de frente a Norma, ambos pretextábamos haber prometido guardar el secreto de nuestra relación; entonces quedábamos en el extremo absurdo de nuestras mentiras, descubiertos al punto de lo risible; desmoralizados y patéticos nos amenazábamos con la conquista inminente.

Ese día de la computadora habíamos llegado a un punto crítico. Norma me había sonreído y él fue testigo de mi logro, pero ninguno de los dos se aventuró a decir nada, como dos pistoleros que se cuidan el más mínimo movimiento. Nos despedimos antes de que la clase de Educación Física terminara. Había una parte de la malla ciclónica que tenía un agujero por el cual podíamos evadir a los prefectos, tomando las debidas precauciones. Gilberto fue el primero, luego de que yo le diera luz verde.

En medio del terregal que levantaban sus zapatos llegó a la malla y se quitó la mochila para ensanchar con mayor destreza la salida con sus manos. Sacó la mochila y corrió a esconderse al jardín de una casa vecina, desde donde podía vigilar para que yo saliera. Me hizo la señal para que cruzara. Corrí rápidamente hasta la malla, me quité la mochila pero en vez de dejarla para pasar primero, la aventé del otro lado. Escuché el golpe seco de mis libros de Historia, Matemáticas, Biología, Ciencias Sociales y Ética. Del otro lado me esperaban los zapatos del prefecto Guzmán. Cuando busqué con la mirada a Gilberto, mientras

era custodiado a la Dirección, este iba haciéndose más pequeño al final de la calle. Me declaré culpable en solitario a pesar de la traición de Gilberto, por una de esas cláusulas no escritas de lealtad carcelaria que rigen la conducta de las secundarias.

La Trabajadora Social me dio un citatorio para mis padres, no sin antes advertirme sobre la conducta que debía observar para que mi futuro no fuera a malograrse. Al salir me encontré con mis compañeros de grupo y con el resto de la escuela que regresaba a sus casas. Mi aspecto era el de un criminal: el pelo revuelto y la ropa llena de tierra. En el mismo día pasé de ser el alumno del futuro cibernético al pobre diablo del que no había que hacerse muchas expectativas.

Esperaba lo peor, cuando al llegar a casa tuviera que enseñarles a mis padres el dichoso citatorio. Decidí dejar que ese momento llegara lo más tarde posible. Deambulando por ahí me encontré con Norma que iba de camino a su casa; no sé si fue esa breve participación ante el grupo lo que generó en mí una excesiva confianza o el saber que todo estaba perdido, pero sentí que era el momento de terminar con ese mundo frágil y cobarde en el que todo era posible porque nada era cierto. Así que avancé hacia ella y comencé a hablarle de un modo natural.

El señor López

Las tiendas de supermercado carecían, por mucho, de ese brillo con que las ha ido vistiendo la mercadotecnia; más bien eran almacenes grandes, iluminados lo estrictamente necesario, abundantes en mercancía a granel, marcas de empresas monopólicas y paraestatales.

El señor López contaba entonces con siete años de vida y acompañaba como de costumbre a su madre para hacer las compras de la semana. Si uno se los topaba sin conocerlos, sabía que físicamente eran parte de una misma vajilla. El señor López quería ayudar a su madre pero ello no le era permitido por su corta edad, en cambio la madre le pedía constantemente que estuviera alerta del carro metálico mientras ella estaba entretenida en elegir de los estantes. En el Departamento de Frutas y Verduras el señor López veía a una gran cantidad de señoras a quienes identificaba no por sus rostros sino por sus enormes traseros enfundados en pantalones de poliéster. Todas, a buen ritmo, elegían de entre los cerros de calabazas, zanahorias y cebollas, para luego ir a formarse a las pesas donde se les daba una nota en papel revolución, marcada con crayón rojo con el peso y el costo del producto. Muchas veces al señor López le tocaba hacer esa tediosa cola, sin pensar entonces que toda la vida sería eso: una interminable fila.

Pero bien poco sabía el señor López. Todo lo que en su mente demandaba alguna respuesta era satisfecho con la imaginación.

Algunas veces, cuando pasaban por el pasillo de los dulces, el señor López se metía a los bolsillos algún chocolate pequeño, algún caramelo de una bolsa abierta. Pero esa tarde no fue así: su madre tenía apuro, de modo que lo jalaba constantemente por el brazo para que no se entretuviera.

Casi todo estaba ya en el carro metálico, su madre terminó de llenar un par de bolsas con azúcar, las puso a un lado de las demás y dijo, tomando al señor López del brazo:

—Cuida que nadie vaya a coger nada.

Así era su madre, una mujer desconfiada. "¿Quién iba a estar interesado en tomar algo del carro, pudiéndolo tomar de los estantes?", pensó él. Le irritaba la desconfianza de su madre, se sentía ajeno a esa forma mezquina de ver la vida.

Para matar el tiempo subió los pies a una especie de estribo en la parte trasera del carro mientras de la parte de arriba se sostenía del manillar con ambas manos, formando un arco con su cuerpo. Nada mal para una tarde de supermercado, aunque hubiera preferido estar en el parque con sus amigos o al menos, haber ido por el pasillo de los dulces. Recogió los brazos hasta apoyar todo el peso de su cuerpo en la parte de arriba para luego bajar sus pies del apoyo para balancearlos. De improviso, el carro empezó a levantarse de la parte delantera amenazando con voltearse por completo y dejar al señor López atrapado bajo la canasta. Pero con gran rapidez una mano extraña alcanzó a detenerlo. Sonrió y bajó apenado de su torpeza. La señora que detuvo la catástrofe se cobró sacando las bolsas de azúcar del carro con toda naturalidad. El señor López sintió que un frío pequeño le recorría la espalda. Miró a su alrededor para confirmar en la mirada de alguien más lo que había sucedido, pero nada. Los pantalones de poliéster acampanados, las faldas

floreadas y los zapatos se movían de un lado a otro con rapidez. Ni siquiera volvió a reconocer a la mujer que había tomado el azúcar. Tampoco alcanzó a imaginar la cara de su madre, cuando ya tenía el brazo rojo de tantos pellizcos. Toda esa tarde el señor López se sintió triste y comprendió que el mundo era un lugar menos confiable de lo que él creía.

Pequeños enemigos

Llegó a la ferretería para preguntar sobre el local de al lado.

—Ese cuarto ha sido de todo, nomás falta que lo renten para funeraria –le respondió el viejo ferretero.

Ezequiel, interesado en abrir un negocio de papelería, concedió una leve sonrisa al sarcasmo del viejo; la referencia no era muy prometedora pero el costo mensual terminó por convencerlo.

Desde hacía treinta años, la avenida guardaba los márgenes de las colonias de interés social; extensos multifamiliares de varios pisos y pequeñas casas de una o dos plantas de ladrillo color salmón, cuyo orden y simplicidad intentaban satisfacer los derechos sindicales aun cuando las familias apenas cabían en aquellos hormigueros de escasa creatividad arquitectónica.

La avenida transformó su uniformidad carcelaria: en el jardín se construyó una nevería, en el reducido comedor se instaló un salón de belleza y a dos casas una mueblería, repitiendo este mismo patrón cada cuatro o cinco cuadras hasta los límites de la periferia. Los dos o tres árboles sicomoros, enanos a fuerza de podas, que habían soportado el esmog y los embates de la sequía, fueron talados para que sus copas no obstruyeran los anuncios de los comercios.

Así era como cada familia, que contaba con la fortuna de una casa en la avenida, añoraba cumplir su sueño de independencia con la apertura de un negocio con miras a una sana administra-

ción, cosa que raras veces pasaba; es así que el salón de belleza ofrecía pedicura y masajes previa cita, como complemento para hacer frente a la competencia de otras doce estéticas peligrosamente cercanas; la tienda de abarrotes atendía de madrugada la venta de cerveza clandestina y todos los negocios, finalmente se las ingeniaban para contrarrestar la competencia desleal de los grandes almacenes que ofertaban mercancías a un menor precio. Recién instalado el negocio de papelería, este no estaba exento de los mismos problemas, por lo que Ezequiel aceptó colocar dos refrigeradores: uno de refrescos y otro de paletas, además de un par de estanterías con frituras y golosinas.

Él mismo repintó el local que antes había servido como cerrajería. Las escasas dimensiones del inmueble lo obligaron a aguzar su ingenio para almacenar los paquetes de hojas, mapas, cartulinas, cuadernos y un sinfín de artículos diversos, desde un borrador hasta una mochila, en el apartado que tenía por trastienda. Sin embargo, al ser un hombre de baja estatura, aunque robusto, aquel espacio le parecía suficiente, de manera que iba y venía del mostrador a la trastienda con comodidad. Y en las escasas ocasiones en que aquellas paredes tan cercanas le provocaban el deseo de haber sido otro, se consolaba al pensar que después de 36 años había logrado dejar la casa-papelería de su padre para dedicarse a su propio negocio.

Las tardes lo devolvían a la calma de un negocio cuya lentitud había aprendido a tolerar, con inútiles construcciones de papel que daban vida a una maqueta de la papelería de exquisitas dimensiones, o bien se concentraba en el meticuloso trabajo de separar un nudo de listones o acomodar sobre el vidrio de la vitrina cartones de calcomanías. Siempre a la misma hora, salía a conversar con el dueño de la ferretería de al lado, un

hombre que gustaba de contar los chismes locales mientras su hijo menor se hacía cargo de los clientes y soportaba los regaños de su padre.

Después de un domingo de provechoso descanso, descubrió en las blancas paredes del local una pinta de graffiti. El viejo de la ferretería estaba acostumbrado.

—Toda la avenida está igual, la gente no puede estar pintando a diario.

Ezequiel empezó a observar los otros negocios; todos tenían alguna firma que los afeaba. No se trataba de consignas políticas o insultos, simplemente eran los sobrenombres de los pandilleros; una manera de competir por el territorio y de hacerse un nombre entre los demás miembros del grupo.

Ezequiel, quien prefería las cosas exactas y limpias como una hoja de papel en blanco, no se resignaba a ver manchadas las paredes de la papelería. Compró pintura y cubrió con cuidado las marcas. Si lo que les interesaba era que los otros vieran su hazaña, estaba dispuesto a negarles el gusto.

A la siguiente semana volvieron a aparecer los nombres. Nuevamente acudió a la ferretería para proveerse de pintura.

—Poco tiempo y parece que ya tiene enemigos, Ezequiel –le dijo el viejo con sorna.

El comentario lo hizo entender que había caído en un juego interminable en el que sus adversarios jugaban fichas negras, en obediencia al ciclo del día y de la noche.

En su contra llegaron las vacaciones de verano. Rentó una máquina de videojuegos para contrarrestar las pérdidas. La avenida seguía su flujo libre de los uniformes escolares. Un mes después parecía estar por ganar la batalla; algunas firmas cesaron y logró confirmar la sospecha de que para los graffiteros

no era redituable rayar sobre una hoja que se limpiaba cada mañana, pero una de las firmas insistía.

—¿Otra lata de pintura Ezequiel? –Preguntó el hijo del ferretero.

Ezequiel asintió con la cabeza mientras veía cómo el muchacho iba a los anaqueles del fondo, estiraba el brazo y sacaba de entre los botes una pequeña lata de pintura blanca de medio litro; enseguida se ofertaban las latas de aerosol. Le ofreció la lata con una sonrisa burlona en espera de que Ezequiel le entregara el dinero.

—Estás perdiendo el tiempo, Ezequiel –se escuchó desde la trastienda la voz del viejo.

Ese mismo día aplicó varias capas de pintura; a media noche y aún con la embriaguez del penetrante olor a pintura y aguarrás, se atrincheró en el silencio de la papelería dispuesto a esperar. Pasaron otras cuatro noches antes de escuchar el característico ruido de la lata de aerosol agitándose. Ezequiel encendió su linterna y lanzó la poderosa luz a través del vidrio de la ventana. La cara asustada del hijo del ferretero quedó iluminada; era alto y musculoso, en su rostro se destacaban los rasgos del padre. Solo atinó a lanzar la lata de aerosol contra el enrejado de la ventana antes de echarse a correr por la avenida vacía.

Cordillera

Juanito era un hombre encogido por los años, en su juventud debió haber alcanzado un metro con setenta. Su piel era blanca, lampiña… y sus pómulos estaban levemente enrojecidos, como un niño; sus dientes manchados de tabaco; su cabello negro y corto parecía evidenciar que tomaba las tijeras cada quince días para cortárselo por sí mismo, de manera que el cabello se pegaba a su frente en la forma de un flequillo sin mayor gracia. Su vestimenta de trabajo era un uniforme de chef: una chaqueta blanca cruzada al frente con botonadura doble; cuando se la quitaba para regresar a su camisa de franela a cuadros, uno podía adivinar que su piel era un segundo abrigo; un tanto hinchado, como si el agua del fregador, que usaba para lavar docenas de ollas una y otra vez durante el día, hubiera logrado trasminar permanentemente y de tal modo su cuerpo, que todo él parecía un bebé arrugado. Además de su aspecto, me llamaba la atención una tristeza que se mantenía en la orilla, como esa luz opaca en los ojos de los viejos. Juanito me recordaba el rostro de mi abuela aunque para entonces eso hablaba más de mí que del propio Juanito.

El exclusivo hotel, estilo *chateau*, tenía apenas unas cuarenta habitaciones. La lavandería, en donde yo trabajaba, era el refugio de los latinos; la mayoría realizaba trabajos de limpieza o conserjería. Los *housekeeper* llegaban con costales llenos de toallas y sábanas sucias; aprovechaban para despotricar un poco con-

tra los gringos malagradecidos o para recordar lo bonito que parecían sus países a la distancia, para lamentarse de no poder volver. Un lamento mezclado con el alivio culposo de quedarse.

Juanito pasaba toda la mañana preparando vajillas y baterías de cocina conforme a las indicaciones de los ayudantes del chef. Era un trabajo pesado, había que lavar los instrumentos con agua casi hirviendo, inmediatamente después de haber sido usados. Juanito era también el encargado de liberar el espacio del contenedor de basura, un armatoste metálico que mediante un dispositivo eléctrico prensaba y jalaba la basura hacia sus entrañas. Era común verlo al mediodía arrastrando las bolsas con el desperdicio del desayuno, antes de cargar con las charolas de comida que llevaba al comedor de los trabajadores en donde a la hora de comer, sus compañeros de la cocina trataban de integrarlo en sus conversaciones con algunas palabras en español, a lo que Juanito respondía con un amistoso silencio o con dos o tres palabras amables.

La hora de salida era a las 4:30, esa tarde me quedé solo esperando el reemplazo. El trabajo se acumulaba a pesar de mi esmero. Una de las lavadoras paró con un chisporroteo en el sistema eléctrico; eran máquinas viejas y había que ingeniárselas, el motor de la plancha –por ejemplo– estaba unido con alambres, trabajo hecho por los mismos trabajadores para mantener el funcionamiento de la máquina a pesar de que los técnicos no veían con gracia las mexicanadas.

Juanito llegó a tiempo a buscar el *ride* para bajar la montaña hasta su casa. Se sentó encima de uno de los costales a esperar, mirándome cómo me desgañitaba por vaciar una lavadora para luego volver a llenarla. No había nada qué platicar, él era viejo y yo estaba bastante ocupado. Una música ranchera

se sobreponía a los ruidos ensordecedores de las máquinas sin lograr opacarlos del todo.

—Vámonos a México Juanito, aquí no vale madre –le grité solo para animarlo. Sonrió y se tocó la cara lampiña negando con la cabeza de un lado a otro.

De uno de los carros de linen sucio saqué un brasier olvidado en una toalla; se lo aventé a Juanito a los brazos y este salió de su ensimismamiento para seguir la broma llevándose las copas a la cara con el frenesí de un macho. Pero seguía habiendo algo en Juanito que me desconcertaba.

Alguien abrió la puerta y entró una ráfaga de viento helado, era Manuela, la mánager del hotel: una alemana exiliada cuyo gran orgullo era haber mantenido el hotel en pie desde hacía más de veinte años. Sus ojos azules y su inglés militarizado por el acento, imponían respeto. "Hágame uno favor", decía Manuela en su rebuscado español. Juanito y yo debíamos cubrir el siguiente turno porque faltaba personal. Juanito en el restaurante y yo en el spa.

—¿Entiende? –Nos preguntaba.

Cuando me cambié el uniforme de *laundryman* por el de *housekeeper*, entré al hotel y bajé al último piso donde estaba el spa. Debía comenzar por colocar las llaves en los l*ockers* correspondientes, revisar los botes de basura, cambiar los garrafones de agua, abastecer con toallas las canastas de la alberca, las de las regaderas, lavabos y gimnasio; llevar las toallas sucias que los huéspedes tiraban por todos lados como si fueran cáscaras de plátano, al elevador de servicio y luego a la lavandería; asegurarme que hubiera suficiente shampoo, crema, peines, rastrillos… y obviamente limpiar cada rincón que mostrara suciedad y, por último, pero no menos importante, poner un

poco de aromatizante de eucalipto en el cuarto de vapor.

Al fin me disponía a llevar el carro de linen sucio a la lavandería y descansar un poco cuando una de las masajistas me llamó: "¡Roberto!". En ese momento cruzaba la estancia hacia el elevador; pasé de largo sin darme cuenta que se refería a mí. Roberto era el nombre falso que me permitía trabajar con una mica chueca, al igual que al resto de los latinos. Me puso la mano en el hombro.

—*Could you please put some ice in the carafe*?

Tomé la garrafa de vidrio que estaba sobre la repisa de la entrada a las salas de masaje. Debía cambiar las rodajas de limones y llenarla con hielo. Al final de ese enorme pasillo había un nudo de escaleras al centro del hotel que comunicaba con la cocina dos pisos arriba. Al llegar me encontré con el rostro descompuesto de Manuela que discutía con uno de los ayudantes del chef. Al parecer el restaurante estaba lleno porque solo se escuchaba un ruido sordo provocado por el trajín de ollas y sartenes, de gente yendo y viniendo de un lado a otro. Quise pasar inadvertido a los ojos de Manuela, pero parecía haberme estado esperando.

—¡Roberto! Hágame *uno* favor.

El interior del hotel tenía clima artificial, de manera que el frío me sorprendió cuando salí. Estaba oscureciendo y el viento helado era como un lijazo de roca en la cara. Debía buscar a Juanito para que se hiciera cargo del caos en la cocina. Abrí la puerta de la lavandería seguro de que iba a encontrarlo, exhausto sobre los sacos del linen sucio. Lo que encontré fue solo el ruido habitual de las máquinas en el momento de enjuague, cuya fuerza centrífuga parecía hacerlas dar pequeños pasos y la grabadora repitiendo sin cesar la canción grupera de un CD rayado.

Fue un niño, huésped del hotel, quien encontró a Juanito convulsionando en el pasillo que daba al comedor de los trabajadores, cuando regresaba de tirar la basura. "*A lady is laying on the floor*", le había dicho a su padre. Llegué a tiempo para auxiliar a levantarlo. Manuela parecía consternada, todos lo estábamos. Muy pronto el secreto de Juanito quedó al descubierto: usaba un nombre falso como casi todos los trabajadores latinos, pero además usurpaba un género que no le correspondía. Juanito era una mujer mexicana que se travestía como hombre. A nosotros solo nos quedaba imaginar las razones.

Sin la pose encorvada y sin al abrigo de chef, las cosas parecían más evidentes pero nadie hubiera sospechado las circunstancias específicas que se ocultaban bajo el uniforme. Cuando los paramédicos llegaron, tal vez por incredulidad o por las reservas a la intimidad de una persona en las condiciones de Juanito, comenzamos a abandonar la habitación. Aún así, no pudimos evitar el escuchar la voz del paramédico:

—*Can you listen to me? Tell me your name, mam.*

C&K

—Buenas tardes. ¿El señor Alfredo Rentería?

—Sí, él habla.

—Buenas tardes, señor Rentería. Mi nombre es María Guadalupe Gutiérrez. Le llamamos de su tienda departamental C&K para ofrecerle una nueva promoción única en su tipo. Si me permite le explico rápidamente: Ha sido usted seleccionado entre nuestros clientes para gozar del seguro de gastos médicos exclusivo de C&K, lo cual le permitirá tener la tranquilidad de contar con este servicio hasta por doce mil pesos en caso de algún percance, no solo en la ciudad en la que usted vive sino en cualquier punto del territorio nacional donde C&K se encuentra. Le comento, señor Rentería, que desde el momento en que usted acepta nuestra promoción, que tiene un costo de únicamente cien pesos mensuales, ante cualquier tipo de accidente usted contará con esta cantidad para sufragar el servicio médico. Pero por esta ocasión, si usted decide pagar sólo treinta pesos más, la cantidad aumentará automáticamente a veinticuatro mil pesos bajo las mismas condiciones.

—Gracias señorita pero…

—C&K, señor Rentería, su tienda departamental de confianza, ha diseñado esta promoción pensando no solo en usted sino en toda su familia, motivo por el cual en caso de que cualquiera de sus familiares de primer grado sufra un accidente, lo cual como usted sabe siempre es posible, C&K hará extensivo su seguro de gastos médicos tan solo con que usted presente en

nuestras oficinas la factura y el acta de nacimiento de su familiar.

—¿Tiene usted alguna duda hasta el momento, señor Rentería?

—No estoy interesado, señorita.

—¿Hay algún motivo, señor Rentería, del por qué no desea usted proteger a su familia con nuestro seguro médico? Déjeme comentarle, señor Rentería, antes de que me responda, que los beneficios de nuestro seguro han sido calculados y cuentan con el respaldo de la aseguradora internacional C&K, como usted sabe la más importante a nivel mundial, por lo cual contamos con los indicadores estadísticos más exactos en cuestión de accidentes. ¿Sabía usted, señor Rentería, que su ciudad cuenta con el mayor número de coches por habitante en el país, que dan un total de 340 mil, y que la taza de accidentes se ha incrementado por este motivo en un 14.1 por ciento en los últimos dos años? Si se da cuenta, señor Rentería, es de suma importancia que usted y su familia consideren una protección para el futuro, aunque revisando en mi base de datos me aparece que usted no ha sufrido en sus 35 años de vida ningún accidente automovilístico grave. ¿Es verdad, señor Rentería? Seguramente esto lo hace sentir más confiado pero permítame decirle que por el contrario, esta situación lo hace aún más vulnerable puesto que sería su primera vez y porque aun cuando tratamos siempre de ser sumamente cuidadosos en nuestra rutina diaria, nunca faltan los imprevistos. Es por ello que C&K ha contemplado y categorizado minuciosamente los diferentes tipos de accidentes para, después de los primeros seis meses de contar con nuestro seguro, ofrecerle una inmejorable oferta. Voy a tratar de explicarme mejor, señor Rentería, si me lo permite.

—No me parece, señorita.

—Supongamos que usted sale este sábado por la noche a

visitar una cantina del centro de la ciudad a conversar con sus amigos y olvidarse por completo del pesado de su jefe, que a últimas fechas parece temer que los accionistas de la empresa puedan pensar en usted como un posible reemplazo; le pido que no se apene, señor Rentería, no hay nada más común ni nada más sano que beber una cerveza en compañía de los amigos. Pero imagine usted que Víctor, su mejor amigo, se empeña en apostar los tragos mientras juegan un poco al dominó y como en tantas otras ocasiones, la suerte lo favorece y los tragos gratis vienen acompañados por la premura de los amigos que gritan "fondo". Sin darse cuenta usted se prepara para regresar a casa caminando en solitario hasta donde ha estacionado su coche. En ese momento le sale al paso un asaltante que lo obliga a llegar al cajero más cercano, pero bajo el estado en que se encuentra le es inevitable sentirse por encima de los acontecimientos, de manera que forcejea y solo consigue que este le dé un par de cuchilladas en el abdomen. C&K, señor Rentería, ha pensado en este momento único e irrepetible que nuestras estadísticas marcan como inevitable bajo el estado de cosas en el que se encuentra la delincuencia actualmente, por lo cual le ofrece pagar por anticipado el servicio de una ambulancia que logrará atenderlo a la brevedad. Efectivamente, señor Rentería, veo que es usted un hombre inteligente al considerar que sería imperdonable, ya que contamos con esta útil información, no prevenir ese terrible suceso. Por ello es que C&K, su tienda departamental de confianza, le ofrece tan solo por quinientos pesos más un listado bimensual de los desafortunados accidentes a los que usted y su familia podrían estar expuestos, con una exactitud del 99 por ciento.

—¿Me podría repetir las condiciones de pago señorita?

Largometraje

Esa noche, Raúl no quería dormir para no darse cuenta, nuevamente al despertar, que después de tres años de asistir casi todos los miércoles al cine, para quedarse hasta el final de la película y comentar los créditos con Livia, su relación no había tenido un final feliz a causa de un tercer actor.

Pasó casi toda la noche en vela tratando de entender las circunstancias que lo habían llevado a perderla. A las cuatro de la mañana, sus intentos de racionalización cedieron paso a las canciones desesperadas de amor y finalmente a la incomodidad de dormir sobre el escritorio.

Al día siguiente se reportó enfermo a la filmoteca donde trabajaba. Caminó toda la tarde sin lograr encontrar a Livia en los lugares que les habían sido comunes. Pasó del sinsentido a la angustia, de la angustia al llanto y sorpresivamente descubrió en el dormir, importantes razones para no despertar.

Dejó de visitar a familiares y amigos pretextando horas extras para la presentación de reportes interminables sobre los archivos filmográficos de la última década. Por las mañanas se concentraba en el trabajo y por las tardes regresaba a su casa para cumplir el ritual que anestesiaba su sufrimiento: desconectaba el teléfono y ponía una película aburrida mientras el sueño lo vencía. Despertaba en las madrugadas a abrir latas y preparar una cena abundante y grasosa, leía cualquier cosa o se masturbaba hasta nuevamente terminar en el hueco de su cama.

La pequeña casa se convirtió en un nido de ratón. Las dos únicas plantas, regalo de Livia, se secaron y una colonia de hormigas diminutas rompió la frontera, más bien imaginaria, entre el exterior y el interior de la casa por debajo de la puerta, por no hablar de las cucarachas que parecían dominar el territorio más vasto desde trincheras inaccesibles para los ojos. Raúl apenas lo notaba, en sus sueños había sol y conversaciones animadas, aunque al despertar apenas y podía retener breves escenas de un largometraje que parecía inexpugnable.

Al paso de los días, que habían sido trastocados para comenzar con la noche y terminar con un breve periodo de luz solar, ocurrió lo que temía: el insomnio. Por mucho que agotara la alacena o recorriera las innumerables páginas de pornografía gratuita, no había manera de terminar con el estado consciente en el que reflexiones suicidas, recuerdos lejanos y diálogos alternativos que le hubiera gustado tener con Livia, acudían a su mente. Lo que había empezado como una solución se convirtió en una nueva tortura a la que antepuso un par de cajas de somníferos; sin embargo, aunque estos le permitían dormir durante largos periodos, le inhibían las delicadas imágenes del sueño, de manera que su vicio se redujo a una somnolencia casi mortal de la que despertaba con alergias y mareos, pero sobre todo con la certeza de haber perdido junto a sus sueños la esencia misma del placer que antes se proporcionaba. No le quedó otro remedio que conformarse con las pocas horas de sueño y afrontar el insomnio con lecturas siempre ambiguas sobre su significado.

El insomnio comenzó a hacerse patente en su aspecto físico, la barriga abultada hacía contraste con un rostro deshidratado y ojeroso. Los compañeros del trabajo hacían chistes sobre él y las secretarias lo asediaban con preguntas sobre su salud.

Una tarde nublada en que la tristeza parecía duplicarse, se arrinconó en la cama en posición fetal y sin proponérselo se descubrió frente a la pantalla inmensa de un sueño luminoso. Había un bosque y una cabaña como aquella en la que había compartido un fin de semana con Livia. Un grupo de gente caminaba buscando leña con las cabezas bajas mientras él sostenía una manguera de la que brotaba un chorro luminoso de agua. Pero al bajar la mirada, descubrió que él no estaba dentro de aquel bosque sino que permanecía de pie frente a una pantalla en el interior de una sala de cine; entonces se dio la vuelta para ver de dónde venía aquella manguera y descubrió a Livia sentada en una de las butacas a donde estaba conectada la manguera. Casi con desilusión comprendió de inmediato las trampas de su inconsciente y despertó a media noche con urgencia de ir al baño. Había creído que al dormir se desplazaba a un lugar inaccesible para el dolor y ahora se encontraba junto al fantasma de Livia como si después de un viaje memorable nos consolara encontrarnos con un souvenir barato en el fondo de nuestra maleta.

Se reprochó su debilidad y tomó la decisión de restablecer su rutina anterior; volvió a visitar a los amigos y a la familia, a rodearse de una felicidad ajena y ruidosa para que el tiempo pasara vertiginosamente, sin darse tiempo para reflexiones inútiles que no eran sino una forma de lamerse las heridas. Intentó acostumbrarse al incómodo silencio acerca de Livia que sus amigos se habían autoimpuesto para no lastimarlo; se sentía como un perro enfermo. Poco a poco ese cuidado lo cansó y empezó a vagar en soledad por las cantinas.

El alcohol le abría una puerta hacia ese aislamiento turbio en que los recuerdos parecen filosas láminas de metal cuyos bordes

acariciamos con la clara intención de hacernos daño, mientras la embriaguez produce la sensación de que aquellas heridas le pertenecen a alguien más, a un alter ego idealizado, casi heroico.

Esa noche, al regresar a la casa, se quedó dormido rápidamente. Encontró a Livia en la misma butaca; su rostro luminiscente parecía ajeno y entonces lo atacó una pasión hermanada con la lujuria e intentó poseerla. Livia, que era toda sueño, se mantuvo indiferente a sus caricias. Comprendió que tarde o temprano ella lo abandonaría de nuevo. Encontró a los pies de su butaca el juguete que había recibido a los diez años: un revólver de plástico. Lo tomó entre las manos con la angustia propia de los sueños mojados en vodka. Recordó el final de más de trece melodramas en blanco y negro, y puso el cañón en su sien para darle un final trágico. Livia lo miró por primera vez, sus grandes ojos pasaron de la sorpresa a la incredulidad. Él bajó el arma y ella, aburrida, tomó su bolso para irse.

La cólera se apoderó de Raúl y le apuntó. Ella no detuvo su paso entre las filas vacías de espectadores. Raúl disparó. La mujer se hincó para luego desplomarse. Pero Livia siempre había preferido las comedias al drama y después de un par de segundos se levantó mostrando una sonrisa burlona. Cambió su bolso al hombro que no dolía y lo abandonó.

Nos han robado

Mi madre se pasea de una recámara a otra; revisa gaveta por gaveta y cajón por cajón. Su cuerpo de vieja parece ir detrás de su ímpetu investigador. Reacomoda objetos, limpia repisas, alza las camas, al tiempo que sigue buscando obstinada, como solo una mujer de setenta años puede darse el lujo de hacer.

Después de un par de horas escucho que interroga amablemente a mi cuñada en la sala: "¿De casualidad no ha visto una toalla naranja?".

Mi cuñada, quien junto con mi hermano y sus hijos pasan unos días en la casa, sonríe y da un "no" por toda respuesta. Entonces reconozco, antes de empezar, lo que ha de convertirse en una revolución verbal y permanente durante días. Sospecha no solo de mi cuñada sino de mis dos hermanos, se inventa historias sobre los motivos que pudieron haber tenido para llevársela.

En mi casa las toallas son de colores indistintos; un par de ellas son guindas en combinación con los detalles de la cerámica. Ciertamente la toalla naranja resaltaba no solo por su color sino por su tamaño extragrande como para la playa. Quiero explicarle que no hay manera de que a alguien le interese robar una toalla, que su costo no debe alcanzar los doscientos pesos y que podemos sustituirla por otra. Abandono la idea y entro al baño a darme un regaderazo para salir a cualquier parte. Pienso que no tardará en encontrar la dichosa toalla o en olvidarse por fin de ella.

Al terminar de bañarme, encuentro para mi sorpresa la toalla en el clóset del baño, lista para ser usada una y otra vez hasta el final de los tiempos. Pienso en la cara que pondrá la vieja al ver el gran descuido de no haber buscado en donde debió desde un principio.

Una vez cambiado, salgo con el codiciado objeto entre las manos, pero ella sale a mi encuentro en el pasillo y anticipándose a mi discurso me grita que esa no es la toalla que busca, que la han cambiado, que aquella era más grande, mucho más suave... tan suave que uno no podía secarse porque las gotas resbalaban en su textura, que el color era más intenso y que seguramente esa copia que sostengo entre las manos le pertenece a mi cuñada.

Le explico lo que debería a ella resultarle obvio: que las cosas se desgastan por el uso, que las telas se degradan por el constante lavado y que hasta pueden encoger su tamaño. Firme, me arrebata la toalla y la extiende.

—¿Qué no ves? –Me dice gritando fuera de sí–. ¿Crees que si fuera esta no iba a reconocerla?

Me quedo pensativo, observo su rostro cruzado por pequeñas arrugas alrededor de los ojos, las cejas despobladas, el retoñar de su cabello canoso debajo de un rubio dorado claro de Miss Clairol, y pienso que no puedo hacer otra cosa que unirme a su indignada postura: nos han robado.

La noche perdida

I

Más tarde despertó tirado junto a la muchacha, se había dormido en posición fetal abrazado a ella, su cara estaba cubierta por el abundante cabello, cuyo aroma lo hizo sentirse afortunado. La mayoría se había ido y cerca de la cocina seguían en pie solo un par de muchachos ebrios. Consultó el reloj de pulsera tratando de completar mentalmente los minutos de retraso. Hundió su cara en la cabellera de la muchacha mientras la abrazaba por la cintura; ella le correspondió tomando su mano y guardándola cerca del pecho. Estaba tan deseoso que pensó que si la abrazaba más fuerte podía lastimarla. Desde la puerta *el Pilo* le hacía señas para que saliera sin hacer ruido. Eran pasadas las tres de la mañana, no entendió por qué debían irse pero *el Pilo* parecía desesperado por llamar su atención. Casi contra su voluntad se deshizo de la mano que lo sujetaba ya sin fuerzas, para salir a la calle. El viento helado de la madrugada terminó por despertarlo.

El Pilo le gritó algo y empezó a correr; no vio otra opción que seguirlo. Volvieron a la plaza. A la pregunta de Sergio del por qué había corrido, éste sacó de la bolsa dos celulares, le dijo que cuando los vendiera le daría una lana por haber distraído a la muchacha. Se sintió traicionado. Tenía ganas de golpearlo pero también sabía que esa era la forma de sobrevivir de *el Pilo*, que no había de otra.

—Dame el celular de la chava –*el Pilo* se rió nervioso, sabía en el fondo que lo que pedía el otro era lo justo.

—Ando bien quebrado mi buen, deja me aliviano y te paso una corta.

Llegaron a un puesto de hamburguesas. Devoraron la comida en silencio, estaban exhaustos por la carrera. Al terminar, Sergio se despidió de *el Pilo*, iría a buscar un refugio en dónde dormirse un rato antes de que amaneciera.

II

Sergio se quedó solo en la parada del camión; las otras personas, habían tomado la ruta que iba a las colonias del este de la ciudad. La suya iba hacia el sur. Se sentó en el escalón de cemento de una tienda cerrada mientras se arrepentía de no haber subido al que abordó la mayoría, que al menos lo hubiera acercado un poco. Miró su reloj de pulsera, estaba descompuesto. Era un reloj digital, se lo había quitado a su hermano menor; la correa era de plástico en distintos tonos de verde como el camuflaje de los soldados y la esfera tenía la forma de un tanque de guerra. Le pareció entonces demasiado infantil.

Pensó que su madre se preocuparía al no verlo llegar a la hora de costumbre. Barajó en su mente las opciones: caminar hasta su casa era un despropósito, a medio camino estaría obligado a sentarse y descansar a la altura de uno de los barrios más peligrosos. Pedir aventón en el centro sería sencillo pero era raro que alguien llegara hasta sus rumbos.

Después de un par de intentos fallidos fue directamente a una camioneta en la que iba un hombre mayor. El viejo lo miró

con desconfianza pero le hizo una seña afirmativa para que se subiera a la caja de la *troca*. Ésta aceleró con un sonido a chatarra. Como si fuera una broma, a lo lejos vio venir el camión que había estado esperando; se quedó inmóvil sin saber qué hacer, pero antes de que pudiera avisar al chofer que bajaría, el camión los dejó atrás. Alcanzó a ver el interior repleto de gente y por si esto fuera poco, al llegar al entronque principal, la *troca* tomó el rumbo contrario. Le pidió al señor que lo dejara y de inmediato regresó a la avenida.

Volvió al centro a paso lento, sin prisa; ya no había forma de regresar a casa esa noche. Tenía un mapa mental del centro de la ciudad, conocía bien las rutas de los camiones, las tiendas más grandes, las calles más importantes, pero nunca pensó que en las noches fueran tan diferentes. Un enorme vacío se apoderó de todo aquello que a la luz solar parecía tener un movimiento perpetuo. Las cortinas metálicas de los negocios daban un aspecto desolador, solo las puertas de las cantinas se iluminaban como si de ellas saliera el calor sobrante de la jornada. Una sensación de peligrosidad le provocó un cosquilleo en el vientre; era octubre y el viento cada vez más helado rondaba entre los edificios.

Llegó a la plaza para buscar a *el Pilo*, uno de los repartidores de volantes. Siempre estaba en el centro porque para él no era problema: su casa estaba a unas cuantas calles, conocía bien las actividades nocturnas. No le ofreció a Sergio su casa porque ni siquiera él mismo solía dormir en ella los viernes. Había que buscar alcohol y mujeres, la diversión estaba en las fiestas, ahí se tomaba de gorra y con un poco de suerte podían drogarse y fornicar hasta el amanecer. Trató de no mostrar la emoción que le contagiaba el frenesí de *el Pilo*, quien hablaba intermina-

blemente. Decía que los volantes ya lo tenían harto, que lo suyo era andar de mensajero o en los camiones, vender alguna cosa robada por ahí, pero no estar en un semáforo toda la mañana.

Llegaron a los departamentos de una casona semiderruida que olía a quemado; un grupo de adolescentes estaba en el suelo bebiendo y fumando. Sergio aceptó un vaso de vodka con agua de sabor, no sabía qué era pero se lo bebió de un solo trago para calmar la sed. Se sintió en confianza, muchos de ellos eran estudiantes de preparatoria, hablaban sobre las clases y los profesores. Él apenas había terminado la secundaria con esfuerzos, seguir estudiando era una posibilidad muy remota debido a que era huérfano de padre. Una de las muchachas le preguntó dónde estudiaba, pero antes de que pudiera contestar *el Pilo* dijo:

—Estudia en la Ángel Trías junto conmigo. Ya estamos en quinto semestre y de ahí vamos a entrar a Derecho.

Sergio se sonrió ante la habilidosa forma de mentir de *el Pilo*, pero siguió el juego para conseguir la atención de la chica. Sin darse cuenta ya estaba muy próximo a ella, que le contaba un sinfín de cosas sobre sus padres: que no querían dejarla salir y de cómo les había gritado en la cara que los odiaba. Un churro de marihuana empezó a circular de mano en mano, aspiró apenas el humo espeso del cigarro hecho con el papel protector de las cajas de los cigarros. *El Pilo* empezó a apagar y a encender el interruptor de la luz, creando un efecto estroboscópico. Las risotadas y los gritos llenaron el pequeño departamento. La fiesta estaba en su apogeo, Sergio pensó que la música le daba aquella sensación de ligereza, de libertad. Bailaron durante mucho tiempo, la bocina sonaba con tal fuerza que sentía cómo se cimbraba el suelo bajo sus pies.

III

Eran las cuatro de la mañana, pasó por la sala de urgencias de un hospital. Se acercó tímidamente; desde la entrada había gente durmiendo encima de cartones y más adentro una sala de espera llena. Era un lugar cálido e iluminado, solo tenía que fingir que esperaba a que saliera algún paciente. Logró colarse hasta la última fila de sillas en donde podía recargarse; pronto se acostumbró a ese murmullo perpetuo, al movimiento de puertas que alguien abría con desesperación, a las voces de las enfermeras que leían en voz alta los nombres de los pacientes que estaban listos para irse. Justo cuando estaba a punto de quedarse dormido, el llanto desgarrador de una mujer lo despertó; con terror vio pasar un grupo de mujeres que la abrazaban con frases de consuelo que no servían para calmarla. Una vieja con un parche sangrante fue directamente hacia él; no tuvo otra opción que cederle el asiento. El ruido de las ambulancias lo fue empujando de un lugar a otro entre la gente, sentía que estorbaba en todas partes. Sin darse cuenta entró en la sala de curaciones; le abrumaron los rostros de los convalecientes apretujados en pequeñas camas; un viejo se aferraba a un respirador con los ojos desorbitados, una niña con las piernas paralizadas, totalmente abiertas, mientras su cabeza se torcía hacia atrás; un muchacho accidentado con la cara cubierta de vidrios. Creyó estar a punto de desmayarse ante aquel espectáculo hasta que una de las enfermeras lo empujó hacia la salida. Nunca había visto nada semejante, el olor a medicamento lo hizo sentir náu-

seas; quería largarse de ahí, no le importaba tener que caminar el resto de la noche.

Justo a la salida, los paramédicos abrieron las puertas de una ambulancia; con esfuerzo levantaron la camilla hasta que las patas de aluminio, provistas de llantas en cada lado, descendieron sobre el pavimento.

Reconoció a *el Pilo* en la camilla. Se acercó de inmediato mientras los paramédicos subían por la rampa. Uno de ellos le preguntó:

—¿Lo conoces? –Y le dio la chamarra de *el Pilo* para que la cuidara.

No sabía qué hacer, estaba asustado. *El Pilo* solo emitía sonidos, quejas de dolor; la sangre le cubría el rostro.

—Háblale para que te reconozca, dile que va a estar bien –le dijo la enfermera que antes lo había sacado a empujones.

—*Pilo*, soy Sergio. ¿Te acuerdas cómo se llama la muchacha de la fiesta? –Le dijo, inseguro de su propia pregunta.

—Me partieron la madre –fue la única respuesta que obtuvo, ahogada por un llanto grave, antes de que lo metieran a la sala de curaciones.

Para su sorpresa, palpó en la chamarra el celular robado; lo encendió y se lo metió en la bolsa de los pantalones, con la esperanza de volverla a ver. Más tarde llegaron los familiares, las heridas de *el Pilo* habían sido lavadas; unos calmantes lo pusieron a dormir. Sergio les dejó la chamarra en uno de los asientos después de explicarles que él no sabía nada.

Al salir del hospital lo recibió la claridad de la mañana, ya no tenía ningún rastro de sueño; respiró profundamente y lo invadió entonces una sensación de fuerza involuntaria. Las calles parecían rehacerse conforme avanzaba, como si ese pedazo de

oscuridad, que es la noche, nunca hubiera sido, quedando solo el recuerdo del aroma punzante de la muchacha sin nombre.

Caminó hasta la parada del camión en donde ya había gente esperando. Lo abordó de inmediato y se sentó en la última fila como de costumbre; pensó en el regaño de su madre al llegar a la casa, le diría que quería estudiar la preparatoria. Se miró en el reflejo que le devolvía la ventana; las ojeras le marcaban el rostro, el flequillo se le había levantado un poco hacia atrás, endurecido. Entonces se llevó la mano a la muñeca, buscando la sensación del plástico del reloj verde, pero ya no estaba.

La mujer araña

Sus primos lo dejaron frente al puesto de mangos enchilados; a unos pasos estaba el puesto de artesanías y más allá la Casa del Terror. Pensó que se trataba de puras mamadas, pero quería entrar a ver cómo se veía la araña con cabeza de mujer. Víctor y Raúl subieron por segunda vez a la Montaña Rusa pero a él ya le había aburrido; decidió ir a la Casa del Terror, en cuya entrada había un payaso con la boca sangrante. "¿Quién se la había roto al pendejo ese?", pensó.

Recordó haber entrado el año anterior, eso le quitaba emoción porque ya sabía lo que había pero antes no estaba la araña con cabeza de mujer. Cuando menos lo pensó ya estaba lejos del puesto de mangos y de la Montaña Rusa, frente al payaso vestido de overol y guantes blancos que pregonaba con voz chillona:

—Amiguito, si no eres miedoso ven a ver el prodigio de la araña con cabeza de mujer –luego lanzaba una estúpida carcajada.

"Yo no soy miedoso", pensó, pero para demostrárselo a sí mismo decidió entrar solo. Subió las escaleras de aluminio, sintió que estaban mal puestas pero para su mala suerte descubrió que eran sus piernas que temblaban. El payaso hizo un gesto exagerado de sorpresa como si fuera un mimo en lugar de un payaso.

—¿Vas a entrar solo amiguito? –Le preguntó. Agraviado por el diminutivo, dejaron de temblarle las piernas y contestó: "Sí, vengo solo".

Pagó la entrada y separó la cortina negra. Adentro lo esperaba un pasillo estrecho forrado con cartoncillo negro, ruidos de puertas desvencijadas, telarañas de goma fluorescente y gritos de mujer. Todo era chafa como el año pasado. Una vez terminado el primer pasillo, un hacha de aluminio se encajó en la pared con un falso estruendo donde un momento antes había estado su cabeza. Sentía un poco de calor; ahora vendría la calavera colgando de un lado a otro. De un manotazo se la quitó de encima. Esos eran los trece años, uno no se asustaba con cosas de niños pero en el fondo, lo más importante era que no hubieran cambiado de lugar el espectáculo principal. No era que tuviese miedo, era solo que prefería sentir la seguridad de que las cosas pasarían del modo esperado. De pronto se topó con un espejo y saltó hacia atrás asustado con su reflejo. Lo había tomado por sorpresa porque el año pasado su papá iba adelante. Cortinas blancas raídas lo envolvieron mientras un gas blanquecino servía de pantalla a una luz roja y parpadeante, y como fondo una carcajada sonora acompañaba a un hombre que caminaba con los brazos y las piernas al revés. "¡Vaya!", pensó. Habían derrochado un poco en tecnología. "El negocio da", diría su papá. Luego, unas cabezas giraban dentro de unos frascos haciendo expresiones de terror, adornando una vieja cómoda con agua verde. Para no asustarse, decidió pensar en la forma en que habían hecho el truco, mientras aceleraba un poco el paso. La expectativa por ver a la araña con cabeza de mujer fue creciendo; descubrió los escalones que el año anterior habían tenido que bajar para ver a la Mujer Serpiente. Al igual que esa vez, se apagaron del todo las luces intermitentes, renacieron los gritos femeninos para luego quedar todo en el más absoluto de los silencios. Se acercó hasta tocar el barandal

circular que daba a un hoyo. Una tímida luz amarilla se paseaba por las paredes del foso hasta iluminar una de las patas de la araña gigantesca; entonces ningún razonamiento pudo evitar que se arrepintiera de no haberle dado una segunda vuelta a la Montaña Rusa. Las patas eran de un negro brillante, y se movían hacía arriba y hacia abajo mientras el cuerpo de la araña avanzaba lentamente hacia el centro. Escuchó de pronto una voz baja que le decía a la oreja:

—No te asustes, soy el payaso.

Un guante blanco se posó en su hombro; sintió que una gota de sudor helado le bajaba por la espalda. Paralizado, fue sintiendo cómo la mano iba bajando por su pecho hasta llegar a los pantalones; entonces volteó a ver hacia la araña cuya cabeza ahora era visible: una cabeza de hombre excesivamente maquillada lo miraba a los ojos y sonreía paseando seductoramente la lengua por el labio superior. Antes de que el payaso lograra bajar del todo el zípper de su pantalón, y aún antes de tomar conciencia de lo que estaba pasando, logró darle un fuerte empujón.

Se cayó tres veces antes de poder llegar hasta la puerta. Salió por la parte trasera del gigantesco camión y una vez más sintió temblar las escaleras de aluminio; corrió rumbo a la Montaña Rusa pero Víctor y Raúl ya no estaban. La gente se le quedaba mirando porque su cara tardó en recuperar el color. Comenzaba a oscurecer y ya no era fácil distinguir entre tanta gente; fue a la Rueda de la Fortuna y se quedó mirando el inmenso círculo buscando entre las góndolas. Se sintió mareado, bajó la mirada y ahí estaba el rostro amigable del payaso, sonriendo y haciéndole señas para que fuera con él. Salió corriendo nuevamente hasta el puesto de mangos, se acercó a preguntarle al dependiente

pero al acercarse el dependiente ya no era el mismo, era la cabeza de la araña que le sacaba la lengua seductora. Empujó a la gente que estaba detrás de él y salió corriendo ahora rumbo a la salida; no paró hasta subir al camión que lo llevaría a su casa. Sintió un gran alivio cuando el camión por fin arrancó; se asomó a la ventanilla para confirmar que nadie lo seguía. A lo lejos distinguió a Raúl y a Víctor entrando a la Casa del Terror, pero era tarde para advertirles; el camión tomó la carretera rumbo al centro de la ciudad y ya para entonces la oscuridad era completa: detrás quedó la fragua y el bullicio.

Hombre que se baña

Se sacó la camiseta de tirantes y al rozar el brazo derecho con la mejilla, sintió el aroma de su propio cuerpo; le agradaba olerse, era como guardarse a sí mismo en una gaveta; le provocaba una sensación de alivio. Se miró en el espejo sin demasiada curiosidad, solo para asegurarse de seguir estando ahí, para corroborar que los cambios eran imperceptibles de un día a otro y que no tendría que lamentarse de ser más viejo o más feo de lo que había sido el día anterior. Se desabrochó el cinturón y dejó que su vientre se relajara mientras levantaba una pierna para sacar el pantalón junto con los calzones. A sus 45 años su cuerpo era un territorio marcado como esas montañas secas que alguna vez estuvieron bajo el mar: alguna cicatriz, un lunar, los brazos un poco flácidos, el abdomen un tanto abultado y el contraste de las partes quemadas por el sol con la piel clara del resto. Miró hacia abajo mientras se rascaba los testículos. Se percató de que la jabonera estaba vacía y abrió el clóset para sacar una barra nueva. Se la llevó a la nariz y aspiró profundamente. ¿Cuántas veces en su vida había hecho lo mismo?

Abrió el cancel y estiró el brazo para abrir la llave, se aventuró antes de regular la temperatura y recibió el agua fresca en la cara. Sentía cómo el peso de los años caía junto con el sudor pegado a su piel. Sin percatarse, el vientre fue cediendo hasta estrecharse; los músculos de sus brazos retomaron su volumen, abrió los ojos y cerró la llave para enjabonarse. Al mirar hacia

abajo se sorprendió de no ver el bulto de su panza; al enjabonarse notó cómo todo su cuerpo había retomado las formas perdidas. Trató de recordar alguna actividad física de los días anteriores que justificara el absurdo de sentirse veinte años más joven. Al pasar el jabón por entre sus piernas descubrió una erección espontánea; no pudo resistir la tentación de seguir acariciándose bajo el chorro de agua hasta llegar al orgasmo. Cuando volvió a cerrar la llave había reducido su estatura considerablemente, su cuerpo era ahora el de un adolescente frotándose la abundante cabellera; entonces comprendió que se trataba de un efecto mágico del agua: era el momento de abandonar aquella trivial actividad para salir al mundo.

¿Qué pensaría su esposa de ver a un muchacho salir del baño?, ¿qué mentira tendría que inventar para poder llegar hasta la puerta y salir corriendo para escapar de su presente hacia el fabuloso pasado de una juventud prometedora? Tomó la toalla para secarse; cerca de la puerta espió los pasos de su esposa y una vez que esta salió al patio, aprovechó para llegar hasta la recámara de su hijo que en esos momentos estaba en la escuela; se puso unos pantalones y una camiseta; del dormitorio matrimonial sacó las tarjetas de crédito únicamente.

Horas más tarde estaba en el aeropuerto con todas las posibilidades que dan los quince años y una experiencia de toda una vida y sin embargo, frente a la vendedora de la línea aérea, no supo pronunciar otra ciudad que no fuera la de su niñez. Al llegar tomó un taxi que lo llevó por calles que alguna vez conoció pero que ahora eran una amalgama de todas las calles del mundo menos la suya, por eso mismo se sorprendió cuando el taxista lo dejó en una avenida solitaria frente al 401 de la calle Séptima, llorando como un niño, bajo la lluvia.

Louis Vuitton

Estoy esperando la salida de mi vuelo en el aeropuerto de la Ciudad de México. Navego entre decenas y cientos de personas que no parecen menos perdidas que yo. En los aeropuertos se tiene una especie de post-existencia entre la porosidad de un sándwich de Starbucks y la anónima frialdad de sus pasillos.

Al fin me encuentro con mis compañeros de viaje, regresamos a provincia después de una semana de diversión apocalíptica. Con rostros de indignación me reclaman el retraso para luego dar rienda suelta a las hipótesis sardónicas del mismo mientras caminan mirando hacia uno y otro lado en busca de la salida correcta, de la terminal siguiente, del número exacto. No se dan cuenta que estoy a punto de un ataque de pánico, de que necesito hablar y dar los pormenores de mi tardanza para no terminar ahogado en ellos.

Soy un abogado recién graduado, mi capacidad discursiva exige la oportunidad de presentar los hechos de cabo a rabo y por otro lado, una sensibilidad histriónica me llena los ojos de lágrimas con facilidad; no puedo evitarlo, siempre he sido así. Tengo especial admiración por esas personas un tanto apocadas que seden su oído con facilidad mientras que solo con la mirada expresan empatía, serenidad y asombro, aun cuando en un parpadeo también sepan enjuiciar y condenar a sujetos como yo.

Empiezo a creer que mis amigos están disgustados conmigo, pero de cualquier modo comienzo a explicarles en voz alta al

tiempo que les sigo el paso. Les digo que me han robado, que he pasado a ser una víctima más de la inseguridad de este país. Casi tartamudeando les insisto que me han golpeado aquí, en el estómago, pero no me escuchan. Descubro a mi lado a una muchacha joven que me mira sonriendo mientras camina más lento que el resto de la gente. Pienso que seguramente a ella también le ha pasado algo similar y su semblante sereno me invita a continuar. Le digo que en un arrebato estúpido decidí dar un último paseo por el Centro Histórico para comprar algunas postales. Que una calle me llevó a otra y que por casualidad descubrí en un puesto ambulante una perfecta imitación de un bolso Louis Vuitton y me fue imposible resistirme a comprárselo a mi tía favorita, quien a su edad seguramente la tomaría por bueno.

Le digo que me era difícil caminar entre tanta gente, que no importaba hacia qué calle o edificio me dirigiera, era custodiado por un contingente numeroso, así que entré a algo que parecía ser un pequeño mercado de tiendas en cuyo piso superior parecía haber una cafetería decente dónde resguardarme para admirar mi nueva adquisición. Cuando menos lo pensé estaba perdido entre pasillos de joyerías donde a cada diez pasos una joven morena de camisa blanca y falda azul me orientaba con idéntico acento sureño cómo llegar hasta el elevador. Llegué a un espacio vacío y oscuro de locales cerrados por cortinas metálicas donde un viejo en harapos se levantó del suelo para pedirme una ayuda; el elevador estaba a unos cuantos pasos de mí así que evadí al viejo hasta presionar repetidamente el botón. Demasiado tarde me di cuenta que el dichoso ascensor no servía; para entonces el viejo me tenía tomado por el brazo.

—Una ayudita, joven, por favor.

Una gran repulsión me llevó a zafarme con autoridad del mendigo para regresar a la salida. Pero entonces un hombre salió de la nada y me empujó contra la pared para luego sofocarme con un fuerte golpe en el estómago; me amagó con una navaja en el cuello mientras el viejo me sacaba la cartera.

Le digo que salí de aquel lugar sin un peso en los bolsillos hasta llegar caminando al hotel, recoger mis cosas y tomar un taxi verde, una de las peores abominaciones visuales de la Ciudad de México. La muchacha se ríe y me dice en alemán algo que no entiendo, para luego agitar su mano frente a mi cara y alejarse.

Ahora mismo sobrevuelo el territorio nacional. Empiezo a creer que aquel bolso Louis Vuitton era auténtico: las argollas, los acabados de las asas y el tono arena de la piel, no podían estar mintiendo.

Humildad

Clase de Educación Física, al medio día de todos los jueves. Juan Carlos y yo nunca hablábamos mucho, no éramos grandes amigos pero compartíamos una aversión por la dichosa clase que en los últimos meses incluía la práctica de box. Al sonar el timbre, Juan Carlos se colgaba al hombro su pesado portafolio. No hacía falta siquiera ponernos de acuerdo, nos encontrábamos en el baño para vigilar el paso de los prefectos. Salíamos juntos disimuladamente; otras veces dividíamos el riesgo yendo uno primero, luego el otro, o bien uno de los dos entretenía a la prefecta pidiéndole una pastilla para el dolor de cabeza.

Juan Carlos era como un personaje de otro siglo, el saco y el portafolio le daban un aspecto fuera de lugar, como si alguien lo hubiera recortado de esos dibujos en blanco y negro que ilustran un viejo libro de cuentos infantiles. Ni siquiera estando a solas conmigo, o con cualquiera, era capaz de decir mucho, solo afirmaba con la cabeza o soltaba algún monosílabo con una voz todavía de niño.

Un día fuimos a su casa a hacer un trabajo en equipo para la clase de Ciencias Sociales. La mayoría de las ocasiones solíamos ir a la casa de Ernesto, la sala era amplia y fresca; su mamá, doctora de profesión, nos preparaba sándwiches, platicaba con nosotros como si realmente le importara lo que teníamos qué decir y nos ayudaba con la tarea.

Pero en una ocasión, nadie quiso proponer su casa, entonces apelamos al hecho de que Juan Carlos nunca nos había invita-

do a la suya. Dijo que no una vez y volvió a decir que no una cuarta y una quinta. Para ese momento a todos nos picaba una curiosidad malsana. Qué podía ser tan grave. Entonces, con la sinceridad única de los muchachos, comenzamos a expresar nuestras propias vergüenzas familiares: una madre alcohólica, una casa de la que se debía hasta un año de renta, una abuela decrépita que se quitaba la ropa delante de la gente, una hermana que parecía dedicarse a la prostitución… Cualquier cosa que pasara en la casa de Juan Carlos, nosotros lo comprenderíamos sin hacer más preguntas.

Juan Carlos aceptó que el sábado por la tarde llegáramos al Templo del Perpetuo Socorro. Nos indicó el camión que debíamos tomar, él nos esperaría en un centro comercial y de ahí caminaríamos unas cuantas cuadras. La extensa travesía nos auguraba algo digno de ser observado, por supuesto con el mayor respeto y cuidado.

El sábado llegamos a una casa de paredes color verde pino, a la entrada había grandes botes de aluminio que se usaban como macetas y un árbol de lilas que daba sombra hasta la calle. Nos recibió la madre de Juan Carlos, una mujer de unos cuarenta años, pequeña y regordeta. Adentro los muebles eran escasos, una mesa de madera con un mantel blanco y un plástico transparente para protegerlo, un par de sillones. Al fondo una cocina limpia. Fue tan decepcionante que parecía mi propia casa. Los otros pronto se olvidaron del asunto. Ernesto, como era su costumbre, se hizo cargo de dividir el trabajo, los otros dos trataban a Juan Carlos con una consideración especial por estar frente a su madre. Pero yo no podía conformarme: por qué entonces se había negado Juan Carlos con tanta insistencia a que fuéramos hasta ahí. Así que hice una pregunta: "Y tu papá,

¿no está?", para ese momento pensé que había dado en el clavo porque la señora se adelantó a contestar:

—El papá de Juan Carlos trabaja en el otro lado, viene por temporadas.

Pedí permiso para entrar al baño, en el corto trayecto me asomé a una de las puertas fingiendo equivocarme; había una cama matrimonial bien tendida y fotos familiares en un buró. Nada que me diera una impresión particular.

A mitad de la tarea me escapé a la cocina para pedirle un vaso de agua a su madre. Le hice algunas preguntas sobre su trabajo; era secretaria en el gobierno; tenía una hija menor que estaba en casa de una de sus hermanas ese día. Creo que la señora se molestó un poco con mi curiosidad y me mandó a terminar la tarea con el resto, así que no había nada más; apenas un padre ausente que les enviaba dinero todos los meses.

Terminamos la tarea. Ernesto le pidió a Juan Carlos que nos mostrara unas revistas de carros de carreras de las que le había hablado. Era un cuarto más grande que el mío, enfrente de la cama había una televisión de cuarenta pulgadas y la consola de videojuegos que llevaba dos años pidiéndole a mi mamá que por favor me comprara. Se la habían mandado de Estados Unidos la última navidad.

¿A qué venía entonces toda esa falsa modestia? ¿Por qué nos había orillado a sincerarnos y a rogarle que nos invitara a su casa? ¿Qué necesidad había de vestirse siempre con ese horrible y viejo saco negro de pana, de mostrar esa fingida humildad? Jugamos todo el resto de la tarde, la mamá nos llevó palomitas y una jarra de limonada. Tenía montones de videojuegos, dos controles y viajaría el próximo verano a visitar a su padre a los Estados Unidos. Pero eso no le era suficiente para dejar de ser un hipócrita.

Un día la prefecta nos descubrió escapando de la clase de Educación Física, nos agarró por el pelo de la nuca y nos llevó hasta las canchas de básquetbol. Como era de esperarse el profesor quiso conocer las condiciones físicas de los dos alumnos que se habían perdido de su clase durante casi todo el año. No llevábamos el uniforme deportivo, Juan Carlos fue obligado a quitarse su saco negro de pana, sin el cual parecía un pájaro desplumado. Ambos nos pusimos los guantes de box. Después de todo creo que no fue tan difícil para mí dar los primeros golpes, me bastó pensar en que para ese momento mi madre estaría desayunándose una botella de tequila.

Recuerdos en coma

El de la derecha es Víctor junto al resto del equipo; todos sonríen. Al fondo, las canchas de básquetbol con un marco de césped amarillento. Es otoño o invierno. Todos con el uniforme deportivo a rayas, lo que confirma el año en que se tomó la foto. La siguiente es en la cafetería. Víctor está vestido con una camiseta verde junto a la dependienta, una señora de cabello rojo y el hijo de esta, excompañero mío de la primaria. En la siguiente foto está sentado en las jardineras de la explanada, a un lado está una pareja, no recuerdo sus nombres pero estaban en el otro tercero, de eso estoy seguro. Víctor sonríe en todas las fotos con una mirada que quiere ser inolvidable.

Le escribo a Diana en el chat, que la cara de Víctor me parece familiar pero que no lo recuerdo del todo. Me manda una carita de fastidio como réplica. Víctor era el novio de Perla, *compa* de Paco, primo de Tania; estuvo con nosotros en dos campamentos y en innumerables borracheras. El fin de semana pasado tuvo un accidente automovilístico y ahora se debate entre la vida y la muerte.

Fastidiado, salgo de la casa a dar una vuelta, la calle está llena de gente a la que apenas conozco, de la que incluso ignoro el nombre pero a la que si alguien le preguntara sabría señalar hacia mi casa. Es curioso pensar que por cada una de esas personas hay miles solo en esta ciudad, con las que nunca cruzaré siquiera una palabra y mientras camino, pasan

delante mío como si no existiera. Me detengo en un semáforo para esperar el verde, decenas de automovilistas con el volante entre las manos, concentrados en trazar una ruta, como debió hacerlo Víctor durante años sin que a él o a mí nos preocupara la mutua existencia o el recuerdo de haber estado en la misma preparatoria.

Regreso a la casa y muevo el *mouse* para quitar el protector de pantalla, recargo la página y el muro de Facebook está lleno de comentarios bajo la fotografía en la que aparece sentado en las jardineras junto a una pareja. La muchacha que aparece en la foto, abrazada de su novio, ha comentado: "Te extrañamos, Víctor". Parece que soy el único que no se conduele. Le hago una pregunta a la chica de la foto solo para seguir recolectando datos que me ayuden a recordar, pero me responde que en realidad ella tampoco lo conocía bien, que era un chavo muy serio, que la foto la tomaron con su cámara y que no quisieron ser descorteses aunque la idea era tener un recuerdo de su novio, al que por cierto amaba.

Diana insiste en que la acompañe al hospital. Le digo que no me sentiría bien pretendiendo interesarme en alguien a quien no recuerdo, pero insiste. Me escribe algunas de sus convicciones religiosas, que aunque no comparto, me embargan de una emoción mística pasajera, así que le pongo una carita coronada por una aureola blanca y le digo que paso por ella al día siguiente.

No supero la náusea que me provoca el olor de los hospitales, le pido una pastilla de menta a Diana pero me dice que se comió la última mientras caminamos por un largo pasillo. Caminamos cada vez más rápido hasta llegar a una doble puerta que dice: "Quirófano, solo personal autorizado". Entonces desandamos el pasillo hasta el cubículo de las enfermeras. Tienen un gesto

duro, el pelo recogido bajo la cofia. Nos indican serviciales por dónde debemos seguir hasta la habitación de nuestro paciente.

Diana se presenta con la hermana de Víctor, una mujer mayor. Pasamos de una cama a otra; al fondo hay un ventanal con las cortinas corridas que nos deja ver los últimos rastros de claridad que ahora iluminan el cuerpo semidesnudo de Víctor, postrado en cama. Tiene el pecho lleno de un vello profundo y sus tetillas son dos claros oblicuos ocultos el uno del otro. Tiene unos 35 años, su cara está aún hinchada, los ojos cerrados son grandes y pacíficos. La hermana le acerca un trapo húmedo a los labios resecos. No decimos nada. Diana lo toma de la mano pero lo suelta de inmediato porque sus ronquidos se han hecho más altos, como si de un momento a otro fuera a despertar enojado y a preguntarnos qué hacemos ahí mirándolo como si fuera un extraterrestre. Las lámparas de neón parpadean en el momento en que Diana se hinca para rezar junto a la hermana de Víctor y la luz fría nos duplica en el ventanal como un absurdo milagro.

Al parecer desde el accidente no ha recibido muchas visitas, la hermana se muestra muy amable con nosotros. Diana le dice que tiene muchos años de no verlo pero que se enteró de su estado por las noticias. Nos muestra un álbum de fotografías de cuando era todavía un niño. Tengo una sensación de desagrado porque estamos a un metro de él, haciendo comentarios que intentan llevar la corriente para que la mujer sienta un poco de consuelo, cosas como: "Debemos tener fe". En una de las fotos sostiene en alto una espada de plástico con la que parece amenazar a un enemigo imaginario.

Una enfermera nos pide que salgamos para ponerle el extractor de flemas porque se ve que le cuesta trabajo respirar bien. Diana y yo nos despedimos sin saber qué hacer ante los

ronquidos que no fluyen como hacía unos momentos. Diana hace uso de toda esa capacidad emocional femenina para mirar tiernamente a los ojos, dar un apretón de manos y un abrazo reconfortante; yo simplemente digo alguna frase como: "Cualquier cosa que se le ofrezca", para salir de inmediato.

Llevo a Diana a su casa, casi todo el viaje hablamos de temas sin importancia, de ir algún día a un nuevo restaurante, de amigos en común, de los problemas que le dan sus hijos adolescentes. Por accidente tomo la vieja ruta hasta su casa, pasamos por detrás de la preparatoria, doy la vuelta y me estaciono enfrente. Nos miramos en silencio, ninguno de los dos tenía planeado ir hasta ahí. Nos pasa como si hubiéramos llegado a una ciudad en la que estuvimos hace mucho tiempo. Los tres edificios están a oscuras, iluminados solo en los pasillos exteriores.

—Aquí donde estamos estacionados quedé embarazada de Paco –dice Diana y nos reímos. Ahí está la banca de la fotografía de Víctor, que acabo de ver; la cafetería con nueva pintura, las canchas de básquetbol. Dejo a Diana en la puerta de su casa.

Tengo tantos recuerdos reconstruidos por las conversaciones con Diana acerca de Víctor, que me cuesta distinguirlos de los que siempre han estado ahí y de aquellos que han surgido después. A dos semanas de la visita Diana me llama para decirme que Víctor salió del coma.

Al día siguiente volvemos al hospital y ya me siento familiarizado con ese olor a medicamento y a desinfectante. Sin explicarme cómo, Diana ya se sabe el nombre de la enfermera a cargo. Hemos comprado un ramo grande de flores y lo llevo entre las manos de manera que tal vez sea el aroma de las margaritas, las rosas y la nube lo que me protege. Apenas y puedo ver por encima del arreglo. Diana lleva lo que parece un compendio

bastante completo de revistas y folletos con oraciones milagrosas y un pequeño frasco con agua bendita.

Creo que ahora es más temprano que la vez anterior. Víctor está rodeado de médicos, enfermeras y un par de familiares. Diana abraza a la hermana mientras acomodo el arreglo, que parece deslucir junto a otro más grande. Nos quedamos mirando un minuto los unos a los otros, los médicos hablan entre sí; explican procedimientos y dictan recomendaciones a la enfermera. Víctor se queda viendo a su hermana como si quisiera preguntarle algo. En voz baja, ella le dice quiénes somos pero su voz es perceptible aun por encima del especializado discurso de los doctores. Diana lo toma de la mano, intenta recordarle situaciones que vivieron juntos y él trata de sonreír pero es evidente que se trata de un gesto de amabilidad. Diana se ríe, no puede creer que no la recuerde, entonces no deja de hablar un segundo hasta que la enfermera nos pide que salgamos porque nuevas visitas están esperando en la puerta para poder entrar. Son un par de excompañeros a los que saludo desde lejos. Víctor, quien parecía adormilado, reacciona de inmediato al timbre de sus voces, se incorpora un poco con dificultad, como si fuera un becerro recién parido. Diana se resiste con una risilla histérica, abre el frasco con agua bendita para rociar con los dedos un poco como si fuera un sacerdote. Mientras tanto la tomo del brazo, nos despedimos.

La Tresci

A ella le gusta pasarse horas buscando cosas para decorar la casa pero mi papá se desespera, se pone a dar vueltas como un loco hasta que no soporta más y se va a inhalar un tranquilizante. El otro día me escapé con él al Departamento de Recursos Robóticos y Subhumanos. Hay unos aparadores enormes en donde se venden subnormales, mi papá dice que son menos confiables que los perros y los robots, pero más bonitos de ver.

La primera vez que compramos uno, mi papá eligió a una señora muy bonita para que se uniera al servicio de la casa, pero me pidió que no se lo dijera a mi mamá. Le facturaron de inmediato y le dijeron que la enviarían en la semana. Mi mamá siempre creyó que la muchacha nueva era de la agencia. Me divertía que no supiera, era el secreto de mi papá y mío. Luego descubrí que él acariciaba a la señora a escondidas. Al principio parecía asustada pero él le hablaba al oído en voz muy baja para que se calmara mientras le metía la mano debajo de la falda.

Cuando volvimos a la tienda, le dije a mi papá que yo también quería un subnormal como regalo de cumpleaños. Me dijo que era mucha responsabilidad, que mejor me compraría el robot nuevo que era carísimo y tenía título como profesor de secundaria para que me ayudara en todas las materias. Caminé mucho rato por la tienda, estaba enojada. Mi mamá había comprado ya dos jirafas de cristal enormes para el jardín, así que volvimos a la casa.

—Mamá, quiero que me compres un subnormal –le dije cuando cenábamos en el comedor.

—No, Claudia, los subnormales son peligrosos. Además, son para el trabajo, no para jugar.

—Entonces, ¿por qué todo el mundo compra y yo no?

Mi papá se puso nervioso. No dijo nada cuando ella empezó a explicarme por qué no es bueno comprar subgente. Al día siguiente me llevó a la tienda a escoger uno, yo quería a un muchacho grande que estaba vestido como payaso, pero mi papá me dijo que tenía que ser una hembra. El vendedor nos aseguró que se trataba de subgente muy tranquila, que no tendríamos problemas para aclimatarlos al ambiente del hogar. Le tomó la mano a mi papá y se la puso en el pecho de una muchacha.

—Mire qué pulmones tan fuertes tiene esta submujer.

Al final me empeñé en comprar una subniña que no podía hablar, pero mi papá me dijo que no podría salir de mi recámara para que mi mamá no se enterara. Le compramos un arnés largo que se pone alrededor de la cintura, el mismo con el que la tenían sujeta en la tienda, y la metimos en el clóset que es muy grande. Mi papá la aseguró a uno de los ganchos de la pared.

El señor de la tienda nos sugirió que como nombre le pusiéramos los últimos números de la serie con la que estaba etiquetada, así valdría más en el momento en que quisiéramos venderla; en cambio, si le poníamos un nombre de persona, se depreciaría de inmediato. Pero el número 325 era muy largo, así que me acostumbré a decirle Tresci. Llegaba de la escuela y de inmediato me iba a mi recámara. A mi mamá le decía que tenía mucha tarea. Aprendió rápido a desatarse, la encontraba en la ventana o dándose un baño. Luego le ponía ropa que ya no me quedaba y la sentaba junto a mis muñecas; las programé

para que dijeran su nombre en los juegos y en las canciones. Al principio les tenía miedo, pero se fue acostumbrando.

—Quédate quieta Tresci. Así, muy bonita sin moverte –le daba un beso y ella se reía, pero nunca lograba decir nada.

Me compré una bolsa de dulces y comencé a domesticarla como hicimos mi papá y yo con el Ladrón, mi perro. Pero algo raro me pasó con Tresci que me encariñé con ella más que con el Ladrón: tal vez porque era parecida a mí. Un día le pregunté a mi papá por qué Tresci no podía hablar, me dijo que era una persona salvaje, que había nacido sin ser planeada genéticamente y que por eso había nacido con un defecto que era imposible de reparar.

A veces yo le quería enseñar. La sentaba junto conmigo en el escritorio para que viera cómo hacía yo la tarea de álgebra pero bien pronto se desesperaba y prefería ponerse a mirar por la ventana. Cuando me hacía caso de recoger los juguetes le daba un dulce, luego la enseñé a hacerles travesuras a las muchachas de la limpieza. Era muy dócil. Un día empezó a señalar hacia la calle a través de la ventana. Yo creo que quería salir a pasear porque se veía muy inquieta. Aproveché que mi mamá no estaba y la saqué a correr al jardín junto con el Ladrón, pero mejor lo encerré porque ella le tenía mucho miedo. Así comencé a hacerlo una vez por semana. Y cuando tenía que regresarla a la recámara, le hablaba al perro y ella corría a esconderse.

Pero un día que regresé de la escuela, descubrí que había roto dos de mis muñecas favoritas. El Ladrón nunca había hecho algo tan malo, desgarraba las medias de mi mamá, asustaba a los niños pequeños con sus ladridos, tiraba alguna cosa de la sala pero nada que tuviéramos que lamentar. Apenas y lo señalaba con el dedo diciéndole: "No debes portarte mal,

Ladrón". Enseguida se ponía a vagar triste por los rincones y yo lo perdonaba porque sabía que era un buen perro. Me solté llorando cuando vi los cables de mis muñecas saliéndoles por todos lados. Eran tan sensibles que me consolaban sin necesidad de que las programara, danzaban sin descansar en su casa de juguete, sus voces eran para mí más hermosas que la de mi mamá. Recogí todas sus partes: los brazos, las cabezas, las piernas. Tresci se metió debajo de la cama todo lo que quedaba del día. No le dije nada, me apuré a llevarle las muñecas a mi papá. Las llevó a componer pero ya nunca fueron las mismas, los ojos habían cambiado de color, bailaban más lento, tenían otra voz. Después me di cuenta que mi papá había comprado otras muñecas para reemplazarlas.

Estaba tan enojada con Tresci, que dejé de sacarla al jardín. Por las tardes después de la escuela nos quedábamos horas cada una en una parte diferente de la recámara, yo hacía como que estudiaba pero en el fondo no dejaba de pensar que ella sabía que hizo algo malo. No era como el Ladrón, algo dentro de mí pedía que me desquitara. Nos quedamos viendo mucho tiempo, empecé a gritarle, la jalé del cabello, nos tiramos al piso. Era más pequeña que yo pero más fuerte, le arranqué un mechón de pelo, ella me pegó en la cara. Salí corriendo a buscar a mi papá, subió conmigo, las dos nos soltamos llorando, mi papá la amarró y la metió al clóset.

El chisme corrió rápido entre las muchachas del servicio, mi mamá se dio cuenta de la existencia de Tresci y fue hasta mi recámara a verla, y me obligó a pedirle perdón. Me dijo que debía ser como una hermana para mí, que debía cuidarla. Le compraron otra cama enseguida de la mía. De alguna manera fue mejor porque ya no tenía que esconderla. A su manera, ella

también me pidió perdón. Mi mamá le puso el uniforme de las muchachas del servicio, ¡se veía tan bonita! Mi papá le tomó cariño, jugaba con ella, me ayudaba a vestirla.

Cuando salí de vacaciones descubrí rota una de las jirafas de mi mamá en el jardín y a la Tresci tirada en el suelo, tenía los brazos llenos de sangre, se había cortado ella misma con uno de los vidrios. La ambulancia llegó, le dieron primeros auxilios y la llevaron al hospital, pero había perdido mucha sangre. Le dieron varias opciones a mi papá, pero les dijo que Tresci era una subniña y que él no pagaría por ninguna reparación, así que el hospital no consiguió la sangre. Lloré mucho porque me había encariñado con ella. Pero le dije a mi papá que ya no quería una nueva.

14 de febrero

Bajó del camión una esquina más allá del vapor para llegar al expendio y comprar un six de cerveza, lo metió en la mochila y se la colgó al hombro. Cruzó la calle para esquivar a un grupo de adolescentes ruidosos. Sintió envidia de lo bien que parecía se la estaban pasando.

Le pagó al recepcionista los ochenta pesos para el área general sin quedarse a platicar como otras veces. Fue directo al cubículo de siempre para tomarse la primera cerveza, se volteó hacia el espejo y empezó a desnudarse. Se enredó una toalla a la cintura y salió a pedir fuego porque olvidó los cerillos. Era parte de su estrategia de conquista. La película porno estaba empezando para calentar los ánimos; unos tipos tempraneros ya bajaban las escaleras, sudorosos del vapor. Ángel se quedó mirando el calendario que alguien había marcado con unos diminutos corazones rojos.

En el tercer trago de cerveza ya estaba leyendo los encabezados de las noticias de espectáculos sentado cerca de la entrada. Terminó de leer el periódico y se quitó la toalla para subir al cuarto de vapor. Sus movimientos eran pausados, esperaba que alguno de los tipos lo siguiera. Se metió a la regadera dejando que el agua se amortiguara sobre su cuerpo, llevaba doce años de ir a ese mismo lugar a cumplir el mismo ritual.

Había dos conocidos en las regaderas a quienes saludó amablemente pero sin acercarse. Uno de ellos manoseaba al otro

y le hizo una seña para que se acercara. Ángel sonrió y les dio la espalda. No le gustaban los tríos, aunque los había hecho en repetidas ocasiones. Si de algo se sentía orgulloso era de respetar sus propias reglas: no besar, no hacer preguntas estúpidas, usar condón y salir antes de las nueve, de preferencia mucho antes.

Cuando espió nuevamente, la pareja se besaba y comprendió el por qué se había entretenido tanto tiempo viendo la fecha en el calendario: era 14 de febrero. "Pero por qué habría de estar enterado", pensó. Los días se suceden con la misma regularidad y convicción unos a otros sin dar indicios de nada, pero sí, ahora se acordaba de los anuncios televisivos, su mente no lo había registrado.

Un tipo nuevo entró y se le quedó viendo, lo siguió hasta el cuarto de vapor. Ángel se puso a manipular el regulador de la temperatura para darle tiempo a que lo viera bien. Lo saludó con una sonrisa y le miró el sexo que ya estaba rígido. El tipo se recargó en la pared de azulejos, como distraído. Ángel empezó a tocarlo sin necesidad de intercambiar palabras. Otro tipo entró, por lo que le hizo una seña al primero para que lo siguiera a su cubículo. Llegaron al privado y le hizo la felación, habiéndose asegurado de que el miembro no tenía manchas extrañas o granos. No le gustaba que gimieran para indicar que les gustaba y este era de esos. Buscó el condón en la mochila y se lo puso. El tipo lo penetró con rapidez a pesar de que le pidió que no lo hiciera. Le era difícil concretar en palabras lo que sentía en esos momentos; era una mezcla de saberse poseído, humillado, pero al mismo tiempo objeto de veneración, de una necesidad animal, como esa mezcla de aromas corporales en la vastedad del agua evaporada. Era un arranque de violencia en la rutina de los días que lo agobiaban con el peso acumulado

de los años. No pensar, era la meta al fin de cuentas; no darse cuenta de que existía sin un propósito definido. Gozar del sexo significaba para otros un accidente placentero, un premio al cumplimiento de una existencia llena de sentido inmediato, práctico, pero no menos falaz que el de él. El sexo para Ángel, en cambio, significaba una tragedia convenida que lo llevaba a un placer catártico, pero una tragedia al fin de cuentas, en la que no hollaba la cabeza de la serpiente sino que la dejaba subir por entre las piernas hasta el centro de su cuerpo. A la vez, era el acto mecánico mediante el cual recibía un contacto afectivo como el que se recibe de un abrazo fraterno. El hombre eyaculó dentro de él. Al sacar el condón para tirarlo, Ángel lo examinó: se había roto.

Después de bañarse subió al techo por una escalera secreta de aquel edificio viejo para fumar un toque de marihuana. El humo denso del cigarro se proyectaba en el gris oscuro de la tarde parchada por láminas oxidadas, cemento y espectaculares en azul rey.

A sus cuarenta años, salvo por dos o tres amigos de interminables sesiones telefónicas, los conocidos que llevaba de vez en cuando a su casa y las visitas esporádicas a su madre que vivía al otro extremo de la ciudad, se había quedado solo. Una soledad que se volvía cada vez más celosa y lo alejaba de los eventos sociales al grado de pasar meses de solo frecuentar el vapor una vez por semana después de salir de la tienda departamental en la que trabajaba como cajero. Cualquier otra tarde pasaba el tiempo en su casa, cambiaba de lugar un sillón o tapizaba una pared con fotografías viejas; leía una revista o se empeñaba en labores domésticas para terminar cansado frente a la televisión.

Regresó al cuarto de vapor y se encontró con un conocido

con el que ya había tenido relaciones antes. Intercambiaron unas palabras y ahí mismo empezaron a tocarse sin importarles que hubiera otras dos personas presentes, hasta que Ángel lo tomó de la mano y se lo llevó al privado. Después de un largo trago de cerveza se acercó y lo olió profundamente, se sentía borracho y sumamente excitado. Más tarde al volver a casa, no pudo evitar recordar los momentos que pasó en su compañía; el tipo le había comentado que hacía siete años que se habían conocido. Ángel no le dio importancia al comentario pero quedaron de verse la siguiente semana; ni siquiera recordaba su nombre aunque efectivamente, recordaba haberlo visto ahí mismo desde hacía mucho tiempo.

Los días subsiguientes hurgó en su memoria tratando de definir fechas, lugares. Tenía la seguridad de haber estado con él en otras ocasiones pero no tenía, tal vez por la marihuana, una conciencia clara del tiempo. El tipo le gustaba al igual que otros con los que había estado pero lo hacía diferente el recordar el tiempo que llevaban de conocerse. Se sintió caer en una espiral de imágenes en las que cualquier día en el vapor era apenas diferente a otro; en que cada encuentro sexual correspondía a la satisfacción egoísta de una necesidad física sin la mayor trascendencia, hasta que alguien lo empujaba por el hombro y le decía que ya era tarde, que era hora de irse, que el lugar estaba por cerrar y ese lugar era su vida, y ese alguien era aquel hombre de piel suave, algunos años menor que él, y del que no sabía absolutamente nada, salvo que lo volvería a ver la próxima semana.

El día llegó y procuró vestirse de manera distinta; se cortó el cabello y esta vez compró una botella de tequila. Saludó al recepcionista y conversó unos minutos tratando de no demostrar

apuro ni emoción, aunque aun sin desearlo su cara irradiaba un buen estado de ánimo. Trató de no cambiar su rutina y empezó por leer el periódico, se preparó un trago y subió al cuarto de vapor después de darse un regaderazo. Era muy temprano, los cuerpos desnudos, en la penumbra, pasaban de un lugar a otro tratando de coincidir y pasar un buen momento. Decidió esperar conversando con algún conocido, luego subió al techo y le dio unas fumadas al cigarro de marihuana para sentirse más relajado. A las tres horas supo que no llegaría, pero ese día no faltaban otros conocidos. Aceptó el ofrecimiento de estar con alguien más, luego con otro. Terminó en una orgía en la oscuridad del vapor.

Salió extenuado para tomar el último camión de la ruta que lo llevaría a su casa. Esa noche había un buen programa, lo vería mientras alistaba la ropa que se pondría para el día siguiente. Calentó un plato de menudo en el microondas y se sentó frente a la televisión.

Generación X

Disfrutábamos una de las últimas noches de verano juntos. Aún despiertos a la medianoche, noctámbulos de largos bostezos y caminar errático, nos detuvimos frente al espectáculo circense de una araña, cuyo imperio colgaba a ras de una cortina metálica en el centro de la ciudad.

El alumbrado público daba un tono anaranjado a la telaraña en forma de hamaca, en donde un gigantesco pinacate intentaba deshacer la trampa pegajosa e interminable. Ninguno de los tres quiso demostrar su miedo ante el crimen que estábamos a punto de presenciar; solo el silencio de nuestras bocas entreabiertas, como las de unas botargas siniestras, nos delataba. En menos de un segundo la majestuosa araña llegó hacia la víctima para inocular con precisión su veneno. La emoción nos llevó del asombró a la agitación y los aspavientos ruidosos, como un público ávido que se deshace en aplausos de fascinación. La araña se retiró de la víctima con inteligencia al sentir nuestro amenazante bullicio, o tal vez como una estratagema para mantener la expectación de sus cautivos admiradores.

Dolorosamente, el pinacate se retorcía con todas las fuerzas que le daba su instinto de supervivencia. Uno de nosotros acercó un palo para tocar a la víctima con morbo. Otro se abalanzó para impedir que se interrumpiera el coito con la muerte. Comenzamos una discusión ética sobre si debíamos o no, salvar al tonto pinacate. Los complejos razonamientos iban de nuestros

escasos conocimientos en biología a las referencias doctrinales o las fábulas de Esopo. Después de los empujones y antes de hacernos nuevamente de palabras, Javier, el más avezado, sugirió que éramos como dioses decidiendo el destino de aquellos animales y que cualquier decisión que tomáramos, sería la correcta. Enojados con aquella idea que no terminábamos de entender, volvimos nuestra atención hacia la telaraña. Los tres teníamos arriba de cuarenta años, lo habíamos visto todo y sin embargo nuestras reacciones eran como las de un niño.

Víctima y victimario se enlazaron en una lucha desigual. Minutos después festejábamos, miembros al fin y al cabo de una generación egoísta, con una disección anatómica de ambos contendientes, seguros de que tendríamos muchas ocasiones para actuar con la vitalidad de la araña y otras tantas para luchar contra la red de nuestros destinos.

La modelo

Me invitaron a seguir la parranda. Cuando creí que habíamos llegado nos encontrábamos en un fraccionamiento pequeño en el norte de la ciudad. Jorge me dijo que avanzara dos calles más. No sin temor abandoné el pavimento, el barrio tenía mala fama. Frente a la cuadra de casas de nula arquitectura e irregular tamaño, se extendía la llanura negra donde no había más alumbrado. Era la celebración de un bautizo del sobrino de alguien. Todos tenían un gran alborozo. Una casa de paredes rosas en la que una familia numerosa cenaba menudo y nos convidaba amablemente. Los amigos se mezclaron entre los compadres y los niños aún despiertos a altas horas de la madrugada. Jorge me sentó cerca de la cocina. El plato de menudo tenía un color desagradable, pedí que me quitaran un poco pretextando falta de apetito; le exprimí dos limones y simulé comer con agrado. El aroma de orégano y pan llenaba la pequeña sala. Una mesita de centro estaba repleta de adornos de cerámica y de pequeños marcos con fotos familiares.

Desde un sillón visiblemente estropeado, dos señoras reían con las ocurrencias de Jorge. Como en toda fiesta los grupos se subdividían en pláticas de diferente intensidad e importancia. Dejé mi plato en la cocina y pedí permiso para fumar; me acerqué a la puerta para no molestar con el humo. Al volver a mi asiento descubrí aquella enorme fotografía en un viejo marco dorado sobre la pared. En principio pensé que se trataba de un

fotomontaje, uno nunca sabe todo sobre los gustos decorativos de las personas; alguna vez encontré una fotografía de tamaño natural del presidente en turno en la sala de unos defeños. Ni qué hablar sobre la cantidad de imágenes de la Virgen de Guadalupe rodeadas por veladoras. Tal vez se trataba del recuerdo de una fiesta de disfraces pero esa gente no parecía aficionada a ese tipo de reuniones. Una mujer de cuerpo entero aparecía ataviada con un vestido rojo satín de los años cuarenta recostada en su brazo derecho con la mano en la cabeza sobre una alfombra azul; los labios rojos contrastaban con la piel blanquísima de su cara y de sus hombros desnudos. Tenía el cabello castaño claro que parcialmente caía ondulado sobre su rostro, enmarcando la sensualidad de su juventud. Los ojos eran de un azul profundo y armonizaban con una sonrisa matizada entre la soberbia y el cinismo de una mujer que se sabe una excepción, un fenómeno de la naturaleza. Con la punta de los dedos de su mano izquierda sostenía un collar de perlas que adornaban el pecho lleno de unas delicadas pecas translúcidas. A un lado de su cabeza una copa de champaña parecía coronar la vastedad de su belleza. Mi primera reacción fue servirme otro vaso de vodka y dejar que Jorge regresara del baño para preguntarle con curiosidad qué diablos hacía ese retrato ahí, en un lugar al que evidentemente no pertenecía por aquella pose de erotismo que hubiera hecho mejor papel en una tienda departamental.

Mientras cavilaba, noté que el bautizado se prendía del pecho de su joven madre. La impúdica criatura tenía los ojos abiertos en concentración plena de lo que estaba haciendo, como si en ello le fuera la vida. Despojado de su ropón y abrazado al pecho generoso de la madre, regurgitaba. Un vallenato se escuchaba del jardín a la sala cuando apareció Alejandra en una silla

de ruedas que Jorge empujaba. Era una anciana pequeña de mirada ausente; me dio la mano y sentí su debilidad, sus huesos delicados detrás de la piel esclerosada; las pecas se habían acentuado en su pecho que dejaba ver el cuello abierto de su bata. Los ojos no habían perdido el color pero sí el brillo. Le acercaron el bebé para que le hiciera un cariño; era su bisnieto. Ella era su bisabuela de la buena suerte. Todas las familias tienen algún miembro del cual sentirse orgullosos: un médico, un abogado… Ellos tenían a Alejandra, así lo entendí. El bebé se soltó llorando al contacto de la vieja, quizá por lo rasposo de sus manos o el olor a ungüento, o será que los niños pequeños presienten la cercanía de la muerte o la envidia de los viejos por esa piel tersa.

La versión de Jorge fue sencilla, Alejandra perdió todo cuando decidió casarse en su mejor etapa como modelo. Desheredada por sus padres llegó al norte bárbaro con un marido que al morir, pronto la dejaría en la miseria, para luego engendrar una prole que trabajaba en las maquiladoras por un sueldo escaso y que anhelaban los ojos verdes de la abuela en cada parto. Tal vez por ello se habían reproducido tenazmente en los últimos cincuenta años y contaban las historias de Alejandra de generación en generación, a los compañeros en la línea de producción, a los vecinos de la cuadra y a los amigos, orgullosos de lo que no fue para ellos, del "si hubiera sido", "si Alejandra", "si papá", "si la Ciudad de México y el esmog en lugar de este polvo tragándose las paredes". Tampoco esta vez hubo suerte, el bautizado tenía los ojos color café, aunque su piel ya veteaba un blanco nuevo en la familia, lo que le aseguraba tener una infancia de mimos y "no salgas a la calle" para que el sol no pierda esa huella de distinción que tal vez lo lleve a una posición

más alta o menos ominosa. En cualquier caso la mamá tenía sus planes, era notorio en su mirada de orgullo que sacrificaría hasta el último aliento para encarrilar al vástago. Al despedirnos, Alejandra se veía cansada; apenas levantó débilmente la mano para ofrecérmela. El mundo sigue en lo mismo desde que Alejandra bebía champaña en las fiestas, rodeada de pretendientes deseosos de llevarse a la boca esa perla que ella sostenía entre sus dedos largos.

Muebles de oficina

Los trabajadores empezaron a descargar los nuevos muebles de la oficina, se fijó en el cuerpo de uno de ellos. Llevaba una camiseta vieja con las mangas recortadas de manera que cuando estiraba el brazo podían verse sus pezones morenos; tenía un cuerpo atlético. De improviso el muchacho volteó a verla para preguntarle en dónde debían poner el sillón grande. Ella se llevó la mano a la cabeza para arreglarse un poco el cabello. Con seriedad le dijo que lo pusieran debajo de la ventana grande. Buscó su bolsa para darles una propina.

Cuando se fueron los dos hombres de la mueblería, se lamentó de no haberles pedido que quitaran, al menos, el plástico que envolvía el sillón de tres plazas. Tenía muchos pendientes como para hacerlo ella misma. Los muebles de piel que formarían parte del recibidor eran del color de moda: chocolate. Le molestaban porque los había escogido la novia de su jefe. Pero era ella quien tendría que hacer el trabajo de desenvolverlos. Se dejó caer encima del envoltorio de plástico, le hubiera gustado que el hombre de la mudanza hubiera ido solo. El teléfono sonó sobresaltándola, como si se tratara de un regaño; le pareció más largo y más fuerte que de costumbre.

—Despacho del licenciado Arana... Sí señorita, los muebles llegaron en buen estado. Gracias señorita –colgó.

Se entretuvo haciendo algunas llamadas para confirmar las citas de la tarde. Luego sacó del cajón del escritorio un exacto

para ayudarse. Recordó que cuando era niña hubo un tiempo en que le gustaba montar el descansabrazos del sillón de su casa. Luego su mamá la interrumpía con una nalgada y la jaloneaba del brazo. Pensó entonces que de haber seguido montada en el descansabrazos no se hubiera refugiado en la comida. Siempre tenía que tener por ahí un pastelito, unas galletas, unas frituras. Eso la calmaba cuando su jefe se ponía a gritar. Deslizó el dedo gordo sobre el empeine del exacto que tenía para sacar la navaja. Con mucho cuidado separó por detrás el plástico del sillón individual para hacer una rajadura vertical hacia arriba. Era fácil, el olor del hule era embriagante… a nuevo. Fue abrazando hacia su pecho las delgadas capas sobrepuestas. Era como abrir un regalo; la invadió una emoción absurda mientras terminaba de hacerlo.

El costo de los muebles la había escandalizado, la novia del jefe dijo a grandes voces que eran importados. Deseaba no se casara con ella… que fuera solo otra ilusa que el licenciado mandaba al demonio después de unos meses. Pero si la dejaba escogerle los muebles de la oficina no era una buena señal, era solo el principio.

El segundo sillón era un *loveseat*; quiso hacer el mismo procedimiento pero tocaron a la puerta. Era el joven de los muebles. Se le había olvidado pedirle que firmara la hoja de recibido. Firmó en el escritorio y de regreso a la puerta se le quedó entrampado el tacón en la bola de hule que estaba en el suelo. Lanzó un grito corto y agudo. Él alcanzó a detenerla en sus brazos antes de que cayera. El olor a sudor que emanaba la encendió. Se le arrejuntó como temerosa de caer. El hombre se sintió extrañado.

—¿Se siente mal, señorita?

Ella se separó de inmediato, negando con la cabeza y con una risa nerviosa. La débil estratagema de seducción no había funcionado. El muchacho se fue con la hoja firmada con un corazón como punto final.

Terminó de sacar el plástico del segundo sillón. Para el tercero, sentía que el esfuerzo la ayudaba a no pensar en nada, de manera que dejó a un lado la navaja y se puso a desenvolver capa por capa aquella enorme crisálida, estirando y rompiendo con sus propias manos. Al final se recostó un momento, era como si estuviera amortajada en su propio ataúd; le pareció tan cómodo que le dieron ganas de estar muerta de verdad.

Apenas quince minutos después abrió los ojos, se había quedado dormida; un incómodo sudor la había despertado. No se movió ni un milímetro, era el mismo silencio de hacía un rato. Pensó que no era posible que hubieran llegado sin darse cuenta. Pero cuando se enderezó estaban ahí mismo, frente a ella, fingiendo observar solo los sillones, su jefe y la novia.

Se disculpó una tercera y una cuarta vez, mientras ágilmente iba haciendo una bola enorme con los plásticos que estaban por todos lados y daba una interminable explicación detallada sobre las actividades del día, las llamadas, las citas, los contratos, las facturas.

La novia del jefe tomó entre sus dedos el exacto, la ignoraban por completo, hablaban solo de los sillones, de la nueva imagen del despacho, de las lámparas que estaban por llegar esa misma semana, de los cambios que tendrían que hacer a todos los niveles. Entraron a la oficina, la dejaron sola. Desde el escritorio, volteó a ver sin rencor los muebles; eran bonitos pero definitivamente ella hubiera escogido otro color, uno más alegre.

Un French Poodle

Estábamos en una casa ajena. "Tú siempre habías tenido perros", me decías.

—Son como personas. Piensan, se dan cuenta. Pero ese, de la casa en que rentabas una recámara, no te gustaba.

—Qué tiene, es igual a todos los perros.

—No, es cobarde.

—¿Y eso qué tiene? Pobrecito.

—No, eso no me gusta en un perro. Mira, ni siquiera sabe caminar, me desespera.

—¡Pero si es un cachorrito!

El perro era uno de esos lanudos, no sé cuál es la raza. "Un French Poodle –ahora me acuerdo que decías–, pero callejero".

Estudiabas una ingeniería. Yo tenía mi primer trabajo en el Hospital de la Cruz Roja. No me dejaban un solo día en paz, así que cuando llegaron las vacaciones lo único que quería era estar contigo. Pero la rentera no salía nunca. Las deudas no me dejaban para un cuarto de hotel y en el carro no te gustaba porque la última vez nos cayó la patrulla. Una noche me atrajiste al cuartito donde ponían el tanque de gas; cogimos de pie, como si fuéramos perros.

Ese fin de semana se le murió un hermano a la señora. Me pidió a mí que la llevara a la casa de su cuñada. Tú me echaste esa mirada en la que se abren mucho los ojos para advertir que una respuesta equivocada me saldría cara. Estaba abriendo la puerta del Nissan cuando una camioneta color arena se nos

emparejó. Para mi buena suerte se trataba de la sobrina de la señora, se abrazaron para darse el pésame. Fue incómodo para nosotros que no conocíamos al hermano. Ya no hubo necesidad de llevarla, en cuanto escuchamos el sonido del motor dando vuelta en la esquina, nos quedamos viendo: tú en la puerta de entrada y yo en la calle.

Corrimos a tu recámara pero luego decidiste que fuéramos a la de ella porque la cama era más grande. Me dejé puestos los zapatos, aunque lo más probable es que la señora no llegara pronto; me sentía más seguro así. Tú te arrodillaste en la alfombra, yo me senté en el filo de la cama.

Me sentía más excitado que de costumbre, como si aquella muerte que nos era del todo ajena, esa noticia que llegó a ensombrecer a la vieja y gracias a la cual estábamos por fin en una cama, me hubiera acicateado. Pero tú, que eras una anciana reflexiva en el cuerpo tibio de una muchacha, me tratabas de forma distante, como si condescendieras, pero yo sabía que detrás de esa apariencia tranquila, estabas tan excitada como yo.

Segura de lo que hacías, te me acercaste poniendo tus manos en mis piernas. Sí, un sexo oral era lo que necesitaba en ese momento para olvidar mi propia mortalidad. Pero un ladrido del perro te distrajo. Ahí estaba, detrás de un zapato negro de bruja, mirándonos con curiosidad. "Ándale", te dije acariciándote la cara, suplicante. Volviste a mi cuerpo con sumo interés. Pero después de unos segundos miraste de reojo; el perro no se iba, por el contrario nos miraba con la cabeza ladeada como si intentara explicarse aquella escena. Me dejaste a un lado para echarle encima tu blusa. El perro se sacudió hasta salir de nuevo a la superficie de nuestro acto circense. Te enseriaste. Lo corriste con el peor lenguaje que pudiste encontrar. Te dije

que era lo más inocuo del mundo que un perro nos observara haciendo el amor, pero para ti no era así. El perro era como un niño perverso que se quería pasar de listo y además había ese algo en él que odiabas; si por ti fuera lo hubieras regalado, pero era como un bebé para la vieja solterona. Te empecé a besar de todas las formas para volverte loca, en todas las partes de tu cuerpo que yo recordaba más sensibles; me respondías con jadeos para hacerme saber que te gustaba eso.

El perro nos miraba insistentemente, como si quisiera decir algo. Pero mi mayor interés era tu expresión de cansancio, de insatisfacción. ¿Qué te hacía sentir tan incómoda?, ¿acaso era una forma indirecta de rechazo hacia mí?

De cualquier manera seguimos juntos otro año en el que todo parecía pender de un hilo. Cuando obtuve una casa y te invité a mudarte, todo quedó muy claro para ambos. Llegaste a repintar una pared de rosa… a las dos semanas te habías ido.

Pero aquella tarde del perro, seguimos abrazados, nos repartimos los cuerpos como si fueran un banquete: yo te lamía con devoción y tú cerrabas los ojos para verme. El perro volvió a ladrar. Estiraste una pierna con agilidad hacia afuera de la cama con la intención de encontrarlo. El hocico del perro se topó con la firmeza de tu pie. Un corto aullido y lo escuchamos salir corriendo escalones abajo.

Terminamos de una forma única en un orgasmo simultáneo, perfecto. Tu celular sonó cuando ya estábamos pasándole una mano a la sobrecama. Era la señora, seguramente sospechaba. Tú, muy tranquila, le dijiste que todo estaba bien. Te salió con el pretexto de la estufa, creía haber dejado algo calentándose; le repetiste que no se preocupara, que tú estabas en ese momento en la cocina.

Nos besamos. Cuando estaba por irme te diste cuenta que habías dejado la puerta abierta, el perro se había salido. Ya estaba oscuro, al principio ninguno le dio mucha importancia. Luego en la calle no lo vimos. Te devolviste adentro. Abriste las puertas de las recámaras, de los clósets, mientras yo recorría la cuadra silbando. Nos quedamos mirando sin decir nada, entonces a los dos se nos ocurrió la misma idea. Fuimos al patio, movimos de un lado a otro los cachivaches, pero no estaba. Era como si aquel animal se hubiera indignado por tu forma de hablarle. "No seas estúpido, se lo robaron", me dijiste.

Por años he seguido recordando los hechos en mi mente. Era como si se lo hubiera tragado la tierra. Ese lugar común todavía me sirve, por inverosímil.

Una hora después de haber buscado en el carro, en cada calle de la colonia, volvimos con las manos vacías. La camioneta color arena trajo a la señora. Los gritos y reclamos no se hicieron esperar, luego vinieron las lágrimas que no había logrado sacar ni la muerte del hermano. Entonces le dijiste que todo había sido mí culpa por dejar la puerta abierta, que nos perdonara. No me sorprendió que te escondieras detrás de mí, por el contrario, yo estaba ahí para amortiguar el golpe, eso hacen los hombres. Todo ese invierno corrimos detrás de diferentes perros French Poodle blancos, riéndonos de imaginar la suerte que habría corrido el nuestro.

Fortuna

Aquel espacio inmenso estaba dividido por sucias paredes de tablarroca. La iluminación dispareja revelaba lo improvisado del lugar. Le recibieron la solicitud de empleo que apilaron junto a muchas otras. Luego lo pasaron a un salón donde había más gente. La plática empezaría en unos minutos. Se dio cuenta entonces de que había caído en la trampa; se trataba de ventas por cambaceo. En el periódico ponían tres o cuatro anuncios diferentes para atrapar a los incautos. Pensó en salir de inmediato de aquel lugar, pero la curiosidad lo llevó a sentarse junto a las otras personas que esperaban ansiosas la gran oportunidad de un empleo seguro.

"Ya no se cuece uno al primer hervor", se repetía siempre que alguien mencionaba su edad. Después de diez años de trabajar como Supervisor de Línea en una empresa de pan, lo habían liquidado sin una explicación satisfactoria. De un día para otro estaba en la calle, invadido por esa sensación de impotencia e indefensión que provocan los cambios. Pero sobre todo, con la responsabilidad de mantener a su familia. Tenía la sensación de que todo ocurría vertiginosamente.

La coordinadora se presentó ante los aspirantes. Vestía una falda negra, corta, y una blusa blanca con el cuello alto. A Anselmo le pareció la protagonista de una película de acción, preparada para sacar un arma en cualquier momento. De inmediato atrapó la atención de todos. Como una experta, comenzó a

hablar de un modo categórico y elocuente sobre las dificultades a las que todo el mundo se enfrenta al tratar de autoemplearse. Aseguró que la empresa Bisexy fue fundada por emprendedores visionarios de muy altos vuelos. Tener éxito en las ventas consistía en adoptar la actitud correcta frente a la oportunidad de satisfacer la necesidad de las personas de sentirse envueltas por la magia de los perfumes y lociones Bisexy. El producto podía venderse por sí mismo y la misión de los vendedores era solo ponerlo al alcance del cliente.

El entusiasmo se contagiaba como un murmullo entre los asistentes. Cada comentario de la mujer era celebrado con sonrisas que parecían encender su discurso. Las posibilidades eran infinitas, los clientes podrían multiplicarse y los vendedores pasarían a ser coordinadores de zona, teniendo bajo sus órdenes a numerosos empleados. En una de las paredes de falso plafón comenzó a proyectarse una serie de fotografías de vendedores exitosos a las puertas de los hogares, curiosamente todos rubios y de ojos azules. Los frascos de perfume aparecían de un color distinto para cada miembro de la familia: rojo para las amas de casa, azul para los caballeros, rosa para las niñas y verde para los niños.

En el lapso de una hora todo había terminado, la gente tenía otra postura corporal. Entregaron la papelería y firmaron con la solvencia de un futuro prometedor. La mujer les señaló en el pizarrón la aportación que debían dar por costo y gastos de traslado de las mercancías, folletos y combustible de las camionetas que los llevarían a las colonias. No serían empleados sino socios inversionistas. Anselmo se quedó pensando unos minutos, no quería ceder al entusiasmo colectivo pero por otro lado, pensó que una oportunidad, cuando no se tiene nada más, no deja de ser una oportunidad.

Caminó bajo un sol delirante. Alguien le ofreció un vaso de agua pero sin intención de comprar los productos. Estudiaba con detenimiento las fachadas, si había o no automóviles y de qué marca eran para determinar la solvencia de las personas y sus gustos. Se perfumaba previamente con las lociones. Tocaba a la puerta con determinación. La mayoría de las personas en casa a esa hora de la mañana eran mujeres. Se presentaba a sí mismo como el agente de ventas de la exitosa compañía Bi-Sexy. No dejaban que terminara de hablar cuando le espetaban un rotundo no.

A mediodía estaba extenuado, las casas parecían no tener fin. Los perros lo hacían paralizarse frente a las puertas enrejadas de un vecindario muy diferente al suyo. Cada casa era particular, hecha a la medida por un arquitecto. No podía evitar un sentimiento de humillación. Recordó con nostalgia su anterior trabajo, nada de lo que había hecho antes era tan difícil como exponerse ante una puerta y esperar la aceptación o el rechazo. La coordinadora, que antes le había parecido la encarnación del éxito, vigilaba con desprecio a los vendedores desde una camioneta para asegurarse que recorrieran todas las cuadras que les correspondían.

Por fin llegó a una casa de ladrillos rojos en la que una mujer se interesó por el perfume "Romance Nocturno". Le vendió el frasco grande y le regaló un frasco para niños como estrategia de promoción. Pero luego, al volver la vista hacia la casa, se dio cuenta que la mujer lo miraba detrás de la cortina; entendió entonces que solo había sentido lástima por él.

La coordinadora se le acercó para ver cómo iban los negocios.

—Tiene que ser más agresivo Anselmo, he estado observando que en cuanto le dicen que no, usted se retira. Así no se ganan las guerras.

Él nunca había estado en una guerra ni quería estarlo. Pero se daba cuenta que de eso se trataba. Con aquel ritmo, nunca tendría ganancias. Los vendedores con más experiencia luchaban por cada venta como si en ello les fuera la vida, no importaba engañar con cualidades no probadas del producto o mentir descaradamente. Las mujeres se arreglaban para garantizar al escaso público masculino y despertar la envidia de las señoras poco agraciadas. Inflaban el precio de los productos para luego hacer ofertas ridículas. Eran capaces hasta de fingir mareos para despertar conmiseración o ganar tiempo en el forcejeo de las ventas.

Anselmo aprendió algunos chistes para caer en gracia. Empezó más temprano que los otros, recorrió más calles y se conformó con dar el precio más bajo. Las ventas empezaron a concretarse pero como era tímido con los precios, las ganancias resultaban mínimas. Se trataba de un caso perdido y pensó que seguir intentándolo era una necedad. Decidió renunciar.

Antes, volvió a aquella casa de ladrillos rojos en la que alguna vez le compraron la primera botella de perfume. La misma señora lo atendió. Para su sorpresa, la mujer lo invitó a pasar y le ofreció un vaso de limonada, luego le pidió que la ayudara a cambiar el foco fundido de su recámara. Finalmente terminó oliendo el perfume que le había vendido hacía un par de meses, de su propio pecho. No se trató de un intercambio romántico de caricias, más bien de un maremoto de sensualidad, de una urgencia por acabar con la lujuria contenida por mucho tiempo. Unos minutos después, Anselmo y la señora estaban recuperados junto a la puerta de entrada, como si nada hubiera pasado.

A partir de ese encuentro se despertó en él una intuición carnal, un deseo de gustar. Se volvió más cuidadoso en su as-

pecto personal, procuró llevar sus mejores camisas y arreglarse el cabello. Una galantería discreta bastó para lograr la amistad de muchas de aquellas señoras que vivían a la espera de un cumplido, de una esperanza y por qué no, de un temperamental alivio a las puertas del hogar. No se trataba de seducir a mujeres hermosas, por el contrario, entre más desagradable era la apariencia de un ama de casa, mayor era su excitación porque significaba la corrupción de su rol. Aspiraba el olor de la recámara o el baño como si fuera un perro olisqueando su territorio, para grabarlo en su memoria como un documento de apropiación.

Se volvió una especie de prostituta, en su rostro terminó por dibujarse el cinismo, al grado de aceptar la compañía de otros hombres a los cuales se daba el lujo de vender más caro el producto. Los ojos se le hundieron dejando una huella de melancolía, pequeñas arrugas de las horas bajo el sol. Su esposa llegó a tener sospechas pero no lograba reconciliar en su cabeza que aquel hombre que ahora experimentaba nuevas posturas sexuales con un aroma fantástico, pudiera estar engañándola.

Finalmente lo volvieron a llamar de su antiguo trabajo. Dejó las ventas. Muchos años después comprobó algo que ya sospechaba: aquellos perfumes que alguna vez vendió, eran solo pobres imitaciones de agua con alcohol.

El último frasco que vendió fue la edición limitada del "Fortuna", uno grande para caballeros. El hombre que lo compró vivía en un lujoso departamento en lo alto de un edificio. Era un cliente asiduo. Las primeras veces experimentó asco, luego se fue acostumbrando a ese cuerpo viejo, a ese rostro lleno de arrugas y de mirada alcohólica. Era un trabajo como cualquier otro, cerraba los ojos y pensaba en que no debía pensar. Pero

las caricias lo hacían reaccionar, las resistencias cedieron. Sin darse cuenta siquiera, un Anselmo desconocido surgía entre las sábanas como un demonio.

La pelea del gato

El Gato era un alumno nuevo en el grupo de tercero; lo habían corrido de la Secundaria Federal número 42. Tenía diecisiete cuando todos estábamos cumpliendo recién los quince. Le decíamos *el Gato* porque su labio leporino hacía que su boca pareciera el hocico de un gato. Era más alto que todos, usaba los pantalones aguados y una malla en la cabeza que le detenía el cabello.

De inmediato se hizo de cuatro o cinco amigos que lo rodeaban y se sentaban alrededor de su butaca, siempre hasta el frente, cerca del pizarrón y del maestro. A *el Gato* le gustaba estar atento, sin participar, sin tomar apuntes, pero pendiente a lo que decían los maestros quienes parecían tenerle cierta consideración, ya que cuando el grupo se salía de control por los abusos de alguno y el profesor perdía el ritmo de la clase con inútiles regaños, bastaba con que mi amigo volteara con parsimonia, con esa pereza despótica de los gatos, para que los alborotadores regresaran a sus butacas de inmediato.

En una etapa en donde los mayores siguen perteneciendo a un mundo ajeno y los juegos infantiles han dejado de satisfacernos, *el Gato* era como el presagio de lo que nos esperaba.Su cuerpo era el de un adulto, era tratado como tal y sin embargo seguía sentado en las butacas, entre nosotros, como un ser atípico. No hablaba casi nunca, cuando lo hacía su voz era nasal y en un tono tan bajo, que resultaba imperceptible; y en el mejor de

los casos, indescifrable. Nos guiábamos a partir de sus posturas corporales, de sus complejas miradas y de la singular sonrisa que le daba la cicatriz de su labio leporino, capaz de variados matices que nos ayudaban a distinguir si algo era solo gracioso o digno de una grosera carcajada.

Yo estaba cerca de *el Gato*, lo admiraba y le tenía miedo. Él era el cholo que todos queríamos ser, pero también lo era de un modo en que ninguno de nosotros se hubiera atrevido a serlo; pertenecía al barrio más bravo, había sido criado a golpes y uno entendía que la fama de *el Gato* no era algo de lo que se pudiera dudar.

Al cabo de las semanas me había convertido en alguien necesario para él, era algo así como su intérprete; aprendí el vocabulario de los cholos, formado de una jerga complicada, de extraños modismos, de imágenes inusitadas, que luego me fui apropiando como pasa con los acentos o las palabras de un idioma extranjero. En poco tiempo adoptamos una nueva actitud, nos vestíamos como cholos, caminábamos como ellos, escuchábamos su música y hablábamos un mismo idioma en el que empezamos a confiar, enriqueciéndolo con nuestras propias palabras y frases.

Aun cuando todos parecíamos fluir en la misma dirección, yo seguía detentando el pequeño poder de interpretar los deseos de *el Gato*. Su voz imperceptible parecía estar adecuada para la sensibilidad de mi oído. En un trabajo de equipo, por ejemplo, cuando teníamos que asignarnos tareas, todos volteaban a ver a *el Gato* y este me volteaba a ver y hablaba; luego todos volteaban a verme y yo les decía:

—*El Gato* quiere que tú escribas el cuestionario, tú busques

las respuestas en el libro y tú le preguntes al grupo de "Los Matados" si nos falta algo.

Cuando se dictaban las respuestas, *el Gato* extendía la mano para callar al del libro y yo decía:

—Esa no es la respuesta –y *el Gato* señalaba en el texto. Me daba el privilegio de no hacer nada y yo lo agradecía dándole a su voz un tono autoritario de jefe.

El Gato tenía una hermana menor que él en nuestro mismo salón. Era una muchacha flaca, el cabello hasta los hombros parecía tener voluntad propia, se erguía en todas direcciones como si se tratara de una planta en busca de luz. La cara sucia de rasgos regulares tenía como ojos dos pequeñas rendijas en diagonal, oscuras pero chispeantes. Contrario a su hermano, ella tenía una voz aguda y potente, hablaba con la claridad y elocuencia de los gritos para exigir o amenazar cuando se sentía atacada, que era casi siempre. Las otras alumnas le temían, a los hombres les divertía pero también la despreciaban. Al igual que yo, interpretaba lo que su hermano quería decir, lo gritaba con desesperación a los profesores cuando no se estaba riendo a carcajadas por alguna tontería. Defendía a *el Gato* de cualquier ataque real o imaginario. Los hombres la despreciaban porque era machorra y jugaba fútbol, no se bañaba, no se maquillaba y sabía contestar cualquier insulto.

La sola fama de *el Gato* no era suficiente para algunos y buscaban provocarlo; de repente se los escuchaba hablar con pedantería durante los recesos o saludaban burlonamente cuando pasaban por nuestros dominios. Pero *el Gato* no se dejaba calentar por tonterías, caminando con el desinterés propio de los felinos. No faltó el valiente que lo retara pero una pelea era un acontecimiento que daba fama y prestigio, era un espectáculo

que reunía a toda la escuela y el aceptarla significaba validar la dignidad del contrincante, por lo que uno no podía darle atención a cualquier payaso. En esos casos *el Gato* aplicaba remedios inmediatos, ágiles torceduras de brazo, alguna patada discreta o un golpe al estómago para disuadir al revoltoso para que se dejara de protagonismos.

La tensión en la secundaria se incrementaba al llegar los exámenes finales. Fue en ese tiempo cuando un rumor comenzó a tomar fuerza, decían que *el Gato* había abusado de una muchacha de la secundaria en la que había estado antes. Decían que la familia de la muchacha ya había interpuesto una denuncia y que en cualquier momento llegaría la policía a detenerlo. Sus excompañeros se la tenían sentenciada. No sabíamos nada porque en la realidad, es decir allá afuera, no pertenecíamos al mundo de *el Gato*. Después de las clases nosotros nos íbamos a nuestras casas, cercanas a la escuela; en cambio él se perdía en una colonia lejana, de calles sin pavimentar, de casas que parecían estar siempre en construcción, de tamaños irregulares con ventanas parchadas con cartón y techos de lámina. Solo en una ocasión fuimos a su casa, un día en el que se suspendieron las clases temprano y nos sobraba tiempo para vagar y descansar con un pie recargado sobre cualquier barda, aspirando el humo de un cigarro. Llegamos después de mucho caminar bajo el sol del mediodía porque su casa quedaba muy retirada de la parada del camión; era apenas un par de cuartos en obra negra junto a un precipicio que daba a un arroyo tan seco que todos lo usaban como camino. Entró solo unos minutos y luego bajamos al arroyo para sentarnos en la sombra del puente; ahí, *el Gato* se sacó una pistola que traía fajada en el pantalón. Nos quedamos con la boca abierta. Al tocarla me recorrió un escalofrío. *El Gato*

sonreía al ver nuestras caras; nos pasábamos la pistola como si se tratara de una copa de vino, con el mayor cuidado para no derramarla. Abrió el cargador para mostrarnos las balas y nos enseñó cómo debía dispararse. Era todo, *el Gato* volvió a meterse a su casa para guardar el arma, el cielo comenzó a nublarse y los pulmones se nos llenaron de un intenso olor a lluvia. Con una excitada imaginación, dejamos el arroyo que esa misma noche dejaría de servir como camino.

Se esparció el rumor de que nuestra secundaria debía pelear por la honra de *el Gato*. Sin saber bien cómo, se pactó una fecha para la pelea en los terrenos que usábamos para jugar fútbol. Aun quienes no conocían a *el Gato* lo tomaron como pretexto para defender el orgullo de la secundaria. Creo que al principio ninguno sabía a lo que nos enfrentaríamos pero un creciente impulso nos llevó a preparar botes llenos de tierra, palos convertidos en lanzas con puntas de clavos, piedras escondidas en lugares estratégicos.

El Gato apenas tenía que asentir a todas nuestras maquinaciones, girábamos en torno a él haciendo aspavientos, remontando las calles circunvecinas, asestando golpes imaginarios, mientras él escuchaba dejando caer pesadamente sus párpados como si nuestra locura apenas le divirtiera. Su hermana era la más procaz de todos, nos ponía en alerta durante los recesos sobre la reputación de los alumnos de su antigua secundaria: *el Chango*, *el Trozudo*, *la Viruela*, *el Chimuelo*, *el Alacrán*. Imitaba sus voces, sus caras, sus posturas; nos contaba sus hazañas con tal intensidad que creíamos conocerlos a detalle. Luego se nos quedaba viendo como admirada de nuestros rostros alarmados y hería nuestro orgullo, decepcionada: "Pinche bola de jotos, nos van a partir la madre si no se ponen abusados". Unos nos reíamos, los más

la insultaban por la poca fe que nos tenía.

Los días previos hubo un par de pleitos entre los grupos de segundo, era la máquina de la guerra que aceleraba antes de tiempo, que rugía hacía el propio centro como un estómago feroz. Los silencios de *el Gato* acentuaban la incertidumbre, la lentitud de su paso que muchos interpretaban como templanza y otros como el presentimiento de la derrota, nos hacía coincidir en que a nadie le importaba su culpabilidad o su inocencia. De cualquier modo era como un mártir, porque todos sentíamos el despertar erótico de nuestros cuerpos como una lacerante espera y veíamos en los actos adultos de *el Gato* nuestra propia liberación.

El día señalado llegó, ahora estoy seguro de que todos teníamos miedo, sentíamos cómo la sangre se aceleraba a medida que pasaban las clases, los maestros se extrañaban de nuestra seriedad porque nos veían atentos, concentrados en un odio imaginario que nos permitía sentir una indignación creciente; olfateábamos ese olor característico de las tragedias que llega de improviso, emanado de un sudor que nos hace sentirnos poderosos e invulnerables. Habíamos acordado ser discretos para evitar que los prefectos nos impidieran la salida de la escuela; una vez afuera, corrimos a los terrenos baldíos que usábamos como canchas de fútbol. Ese día llevábamos puesto el uniforme deportivo, *el Gato* se sacó la camiseta azul rey y se la anudó en la cabeza como un turbante; se quedó en la camiseta blanca de tirantes que contrastaba con sus largos brazos tatuados. Lanzó un grito que quería dar muestra de su hombría, que daba señales de la confianza que tenía en sí mismo, aunque ahora que entiendo mejor algunas cosas, sé que ese grito era también de miedo.

Tenía la duda de si llevaba la pistola escondida en alguna

parte y aunque me parecía poco práctico e incómodo que la llevara en la pantalonera, era posible que la trajera en la mochila o incluso en los calcetines. Quienes sabíamos de la existencia del arma teníamos una doble expectativa, un temor que nos mantenía pendientes en todo momento. Finalmente *el Gato* era mayor que nosotros, pero creíamos seriamente que era más una víctima de las circunstancias que un victimario; creíamos que se trataba de una buena persona o lo que idealmente pensábamos debía ser un héroe.

Los de la otra secundaria llegaron sin mucho entusiasmo, como a cumplir con un requisito engorroso pero necesario; en realidad era un pequeño grupo de cholos bien plantados, sin uniformes escolares. Nos apartaron casi con respeto, extendiendo los brazos y dándonos la espalda como si apenas estuviéramos ahí, como unas puertas mal cerradas. Fue entonces cuando me di cuenta que éramos muy pocos; miré hacia atrás y toda la escuela estaba del otro lado de la malla ciclónica. Gritaban, levantaban los brazos haciendo toda clase de señas, se reían y se empujaban para ocupar el mejor puesto, fascinados ante aquellas bestias de circo que éramos nosotros.

—Va a ser un tiro de a chole y al que se meta le partimos su madre –dijo uno de los de la otra secundaria.

Nos quedó tan claro que hasta dimos un par de pasos atrás. *El Gato* estuvo de acuerdo y ya calentaba los brazos estirándolos de un lado hacia el otro como si se tratara de una clase de gimnasia.

Como supimos después, el otro contrincante era el hermano de la muchacha ofendida. Ambos se desarmaron, la pistola no apareció entre las cosas de *el Gato* pero sí un estilete y unos *boxers*. Pero en un tiro de a chole todo eso sobraba, se trataba de una pelea de orgullo entre dos miembros de la misma banda, de

modo que nuestra secundaria jamás había figurado siquiera en los planes.

El Gato no se dejó impresionar por la furia del otro; al contrario, supo recibirlo con cortesía, de a poquito, esquivando los golpes con elegancia para luego acostarlo sin rencor en la tierra. Luego las cosas se pusieron menos favorables para *el Gato*, el otro lo descontó de un puñetazo que más parecía una pedrada venida desde muy lejos. Así de fuerte. Rodaron de un lado hacia el otro trenzados como dos insectos. Se puso peor cuando el cholo se subió encima de *el Gato* para pegarle con más tino. La hermana gritaba y ante el mal momento que pasaba su hermano no soportó la impotencia y agarró a una de las cholas por los cabellos hasta casi hacerla besar la tierra; después se tomaron con fuerza de las manos izquierdas para contenerse la una a la otra, mientras que con la derecha se daban con los puños cerrados sin que nadie lo impidiera. A último momento *el Gato* se impuso con un reventar de narices del adversario que ya sacaba un pequeño filero de entre sus ropas, cuando *el Gato* logró burlar el ataque antes de que los otros los separaran, al igual que a las mujeres. Todo se volvió insultos y amenazas, gesticulaciones desaforadas y señas obscenas, gritos de triunfo, nombres de barrio.

—¡Puro sector nueve! ¡Te voy a dar fierro uno de estos días!

Mientras se alejaban caminando de espaldas, con aspavientos propios de brazos cruzados, señales que indicaban números, saltos llenos de energía, el peleador se apretaba la nariz chorreante que llenaba su camisa blanca de sangre, sin que por ello dejara de mostrarse eufórico.

Cuando los prefectos llegaron, todos corrimos para no ser identificados; el resto de la tarde la pasamos escondidos entre

unas tapias cercanas, repasando cada momento de la pelea, asestando golpes imaginarios, asegurando que estuvimos a punto de reaccionar con violencia ante tal o cual ofensa, temblorosos todavía por la emoción del momento. Rodeábamos a *el Gato*, veíamos con admiración a su hermana que se había batido sin miedo. Entonces, al cada uno tomar su mochila del resto para regresar a las casas, de una de ellas resbaló con suavidad la pequeña pistola.

Hugo Servando Sánchez. Poeta y narrador nacido en la ciudad de Chihuahua, cuenta ahora con 38 años de edad. Publicó el *plaquette* de poesía *Impureza* en la editorial Chihuahua Arde Editoras y textos varios en diversas antologías y revistas locales como Solar, Artificios, Frontera de Ciudad Juárez y Arihua, entre otras. Tiene estudios parciales en la carrera de Letras Españolas por la Universidad Autónoma de Chihuahua y obtuvo su título como Licenciado en Psicología General en la escuela "Carl Rogers". Ha sido invitado a diversos encuentros literarios, entre ellos al de "Verso Norte" organizado por la Universidad Autónoma de Nuevo León, "Encuentro de Poetas" y "Literatura en el Bravo" de Ciudad Juárez, así como a las "Lunas de Octubre" en Baja California Sur.

En la actualidad forma parte del Taller Literario "Alí Chumacero" del poeta y traductor Enrique Servín Herrera. Asimismo recibió su formación como narrador en el taller "Alma Montemayor" impartido por el escritor Roberto Ransom y de cuyo trabajo emerge la presente obra. Su libro *Calle del Retorno* ha sido seleccionado por parte de la editorial de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez para su próxima publicación.

Índice

Agradecimiento 9
Presentación 11
Bicicletas. 13
Videojuegos 19
Buenas tardes 23
Terreno baldío 27
Enter. 33
El señor López 39
Pequeños enemigos 43
Cordillera 47
C&K. 53
Largometraje 57
Nos han robado 61
La noche perdida 63
La mujer araña. 71
Hombre que se baña 75
Louis Vuitton 77
Humildad 81
Recuerdos en coma 85
La Tresci 91
14 de febrero 97
Generación X 103
La modelo 105
Muebles de oficina 109
Un French Poodle 113
Fortuna. 117
La pelea del gato 123
Semblanza 133

La pelea del gato y otro cuentos
se terminó de imprimir
en el mes de noviembre de 2017
en Talleres Gráficos de Gobierno del Estado

La edición consta de 500 ejemplares

Coordinador editorial
Gisela Iliana Franco Deándar

Edición, formación y diseño
Leticia Carrillo Girón

Corrección de estilo
Claudia Saldaña León